



ENSAYOS SOBRE LA ACTUALIDAD

Coronel (R) Hugo Gastón Sarno

Índice

Primer ensayo: La evolución de la agresividad (pág. 2)
Segundo ensayo: El mundo a comienzos del siglo XXI (pág. 9)
Tercer ensayo: Los últimos libros de Toffler (pág. 18)
Cuarto ensayo: La organización de cooperación de Shanghai (pág. 28)
Quinto ensayo: ¿Una insolencia histórica? (pág. 34)

PRIMER ENSAYO

LA EVOLUCIÓN DE LA AGRESIVIDAD

Buenos Aires, julio de 2007.

Coronel (R) Hugo Gastón Sarno

Los acontecimientos vividos el 11 de setiembre de 2001, invitaban a considerar las características intranquilizantes en el pasaje del siglo XX al siguiente. Una copiosa bibliografía se encargó de tipificar ese pasaje, a veces tratando de identificar algún legado cultural que el XXI heredaba de la centuria anterior, o bien señalando un acontecimiento decisivo que daba por finalizada una época y permitía el ingreso a otra distinta.

En un trabajo que publicó la Revista de la Escuela de Defensa Nacional, afirmé que luego del ‘*paradigma*’ mundial de la guerra fría, se avanzaba en una **etapa de transición**, incierta, zigzagueante, hacia un nuevo paradigma que, posiblemente, quedaría establecido en un futuro de cercanía o lejanía difíciles de establecer.

Recuerdo que muchos analistas distinguieron al siglo XX para diferenciarlo de los anteriores, como que era el siglo de las ‘*guerras mundiales*’, que no comenzó en 1901 sino en 1914, y prosiguió tras dos décadas con otra peor y luego con una tensión político-bélica que se prolongó hasta que Gorbachov la hizo concluir, en 1991.

La década de 1990 fue testigo de hechos e intenciones que aparentaron dejar atrás el paradigma de la guerra fría y comenzar algo distinto: por ejemplo, se afirmó que nacía un ‘*nuevo*

orden mundial’; se transmitió por primera vez ‘*en vivo y en directo*’ la guerra del Golfo en sus exterioridades; las computadoras inundaron la mayor parte del planeta; internet irrumpió para comunicar al género humano; Fukuyama y sus editores creyeron que terminaba la Historia; Huntington afirmó que chocaban las civilizaciones (¿un nuevo paradigma?); China asoció con asombro el comunismo con el capitalismo; mientras las drogas continuaban socavando en silencio los cimientos de la humanidad en sus jóvenes, el dinero mal habido alcanzaba magnitudes ecuménicas, el efecto invernadero era una amenaza más que un riesgo y los hielos polares habían comenzado a derretirse. Esta década de 1990 tuvo su ‘*largada*’: muchos la bautizaron con el símbolo de la caída del ‘*muro*’ de 1989.

Finalmente llegó el martes 11 de setiembre del 2001. En esos momentos, el siglo XXI llevaba algo más de ocho meses de vida: demasiado poco para un suceso tan resonante. El siglo XX en cambio tardó 14 años en estallar. Quedaba una primera impresión: el siglo XXI ¿estalló demasiado pronto? ¿Quiso asumir rápidamente una característica explosiva? ¿Daba así por terminada la transición? ¿Comenzaba de esa manera un ‘*nuevo paradigma*’ de violencia estruendosa? ¿De violencia cruel e inhumana? La incertidumbre incluía la angustia.

Para arriesgar una opinión será necesario que transcurra algún tiempo, que ocurra lo siguiente y lo subsiguiente a aquel acto terrorista. Sería imprudente y apresurado hacerlo de inmediato. De todas maneras, ese acto terrorista ¿confirmaba alguna tendencia? ¿Cuáles son sus antecedentes?

Sí: existen antecedentes. Desde la Revolución Francesa de 1789, el pueblo pasó a la acción cometiendo atrocidades. La sentencia de “*libertad, igualdad, fraternidad*” estaba bañada en sangre: la Bastilla cambió su contenido pues muchos fueron expulsados de ella y otros tantos entraron. La guillotina no tenía descanso. Grupos de civiles pasaron a la acción, cometiendo toda clase de desmanes. Marx y Engels profetizaron la llegada de la rebelión de los pueblos que pasarían a la acción violenta, guiados por una minoría comunista. Lenín fue años después su pensador y también el caudillo que puso en marcha el proceso de asalto al poder. Había ya, ejemplos y doctrinas escritas.

Durante la primera guerra mundial los militares europeos cometieron actos de salvajismo: el uso de gases fue tan sólo una de esas manifestaciones. Pero durante la segunda, no solamente fueron inhumanos el fusilamiento de los oficiales polacos en el Bosque de Katyn, las cámaras de gases alemanas, el bombardeo de ciudades como Dresden. También apareció la inhumanidad de los ‘*kamikazes*’, pilotos suicidas que representan el antecedente más cercano a los que se están inmolando, sembrando la muerte en el Estado de Israel y los grupos que acaban de hacer lo mismo en Nueva York y en Washington.

Entre la bibliografía argentina sobre la evolución de la guerra encontramos lo siguiente. La revista “*Dinámica Social*” del Centro de Estudios Económico-Sociales, publicó los siguientes artículos del entonces General Benjamín Rattenbach: (Había nacido en 1896. Ingresó al Ejército Argentino en 1913 y pasó a retiro en 1957 con la jerarquía de Teniente General. Fue Ministro de Guerra. Falleció en 1984).

- Nº 26/27 de oct/nov 1952: “¿ADONDE VA LA GUERRA?”
- Nº 28 de dic 1952: “SOBRE LA GUERRA MUNDIAL”.
- Nº 29 de ene 1953: “ESTUDIOS SOBRE LA FUTURA GUERRA MUNDIAL”.
- Nº 30 de feb 1953: “SOBRE LA PROXIMA GUERRA MUNDIAL”.
- Nº 31 de abr 1953: “SOBRE LA PROXIMA GUERRA MUNDIAL”.
- Nº 32 de may/jun de 1953: “TOYNBEE Y LA GUERRA”.
- Nº 34 de ago 1953: “ESTUDIOS SOBRE LA GUERRA. La decadencia del trato humano”.

El artículo “¿Adónde va la guerra?” en el ejemplar N° 26/27, está precedido por un breve comentario editorial donde se lee textualmente en la página 21:

“Los conflictos armados evolucionan desde la guerra mundial hacia la “guerra revolucionaria” (El subrayado es mío). La guerra fría en esta trágica y fatal ascensión, no es más que una fase transitoria en la que ya estamos viviendo. El presente ensayo debido al General Benjamín Rattenbach del Ejército Argentino, pasa revista a esta evolución (el subrayado es mío), cuya forma moderna va expresándose en la doctrina de Clausewitz y que tomó hoy un rumbo tan terriblemente anti-humano (el subrayado es mío). ¿Cuál es la posición de la Argentina frente a una posible guerra mundial? Es lo que trata de esbozar nuestro ilustre colaborador en el final de su interesantísimo artículo”.

En el mismo artículo y en la página 22, el General Rattenbach escribe lo siguiente:

“El carácter particular de las reivindicaciones sociales y raciales que parecen agitar a todo el mundo, especialmente a Europa, Asia y África, hace pensar a algunos que las futuras contiendas tendrán la característica de la guerra revolucionaria, citada ya por Karl Marx en sus escritos. Esto hará que desaparezca la distinción entre el frente y la zona del interior y que ambos sean teatros de lucha activos. La guerra revolucionaria representa así el “summum” de la decadencia del arte bélico, visto desde el punto de vista humano, o el “summum” de su progreso, visto desde el punto de vista técnico....soviético. Las posibilidades de su aplicación dependen en alto grado de los países en lucha y de sus objetivos; pero con seguridad se puede afirmar, también en este caso, que la humanidad no renunciará al empleo del nuevo género de destrucción; esa mezcla de guerra clásica y guerra civil, en horrible confusión. Tal parece ser la próxima etapa del arte bélico”. (El subrayado es mío).

De su artículo titulado “Estudios sobre la Guerra. La decadencia del trato humano”, del ejemplar de agosto de 1953, transcribo los siguientes párrafos de la página 27:

“Cuando se analizan las dos últimas guerras mundiales desde el punto de vista humanitario, se nota en ellas una visible decadencia del respeto del ser humano..... La matanza indiscriminada de combatientes y civiles, entre estos, mujeres, niños y ancianos; la destrucción por igual de ciudades fortificadas e indefensas; el fusilamiento en masa de prisioneros; el trato brutal de la población y muchos otros atropellos y horrores parecen haber resucitado nuevamente los tiempos primitivos de la barbarie. ¿A qué se debe esto? En nuestra opinión, a las siguientes causas:

- 1) La “guerra total” (menciona el empleo de la aviación mucho más allá de los frentes de lucha).*
- 2) La “guerra ideológica”, con su intolerancia típica, es mucho*

más cruel y despiadada con el adversario que la guerra promovida por causas nacionales, económicas y otras semejantes.

3) La “guerra de masas”, caracterizada por la acción de enormes masas, es más difícil de controlar, en cuanto a desmanes y abusos contra la persona del adversario, que la guerra de ejércitos pequeños de otros tiempos.

4) La “guerra de guerrillas” y los movimientos de resistencia clandestinos, de difusión reciente, hacen que sus participantes observen mucho menos los convenios internacionales sobre la guerra que las tropas regulares. Si a esto se agrega que, por lo general, se infiltran en estos movimientos elementos delincuentes y anárquicos, que dan rienda suelta a sus instintos más brutales, se llega en ellos a una acción particularmente cruel y contraria al derecho establecido.

.....

6) La “decadencia de la fe religiosa”, en particular de la piedad, lleva a que cada combatiente vea en un contrincante a un sector a quien exterminar, más que a un adversario a vencer en noble lucha.

.....

Si todas estas reflexiones muestran de por sí ya un cuadro bastante sombrío en los pueblos del mundo occidental, **mucho más tendrán que acentuarse sus tintes el día en que estos choquen con los de Asia y Africa, entre los cuales, según sabemos, rigen cánones distintos para el trato del ser humano**”. (El subrayado es mío).

Y de la página 28, en el mismo artículo, transcribo lo siguiente:

“La última guerra ha hecho nacer un aforismo cuyo significado profundo sólo trasciende lentamente: “en la guerra no se trata de ganar la guerra, sino la paz”. Pero esto nunca será posible si los espíritus de ambos bandos siguen distanciados por las crueldades producidas durante la última lucha, que a su **vez, reclaman nuevas venganzas y nuevas crueldades**....” (El subrayado es mío).

La última mitad del siglo XX y lo poco que transcurre del XXI, fueron confirmando la tendencia que fue anticipada por el General Benjamín Rattenbach en los comienzos de la década de 1950, porque:

- La agresividad bélica y parabélica ha abandonado los cauces militares profesionales. El guerrillero, el partisano, los miembros de la ‘resistencia’, y otros individuos sin estado militar, empuñaron las armas y combatieron detrás de los frentes de combate.
- La inhumanidad ha sido y sigue siendo una manifestación frecuente, en la que no se respetan personas inocentes y se acomete a veces tan sólo para aterrorizar, sabido es que si el terror cunde, se contagia y consolida, toda una población puede llegar a ‘bajar los brazos’ si carece de cohesión patriótica acrisolada en horas difíciles.

- Las bajas pasiones han trepado en estas agresividades hasta el primer plano. Los agentes civiles armados carecen de normas que regulen o limiten su lucha y suelen actuar con crueldad.

En cuanto al significado de las palabras, el término “*guerra*” parece haber ampliado sus horizontes mucho más allá del choque militar en múltiples publicaciones extranjeras. Y esto es importante para nosotros, porque “*guerra*” es un término que hemos incluido en nuestras leyes. Por eso este breve trabajo emplea en su título otra palabra, la “*agresividad*”.

La generalización de la lucha por medio de grupos civiles, recibe como acicate la creciente vulnerabilidad de las sociedades modernas en sus ciudades populosas, en sus industrias y servicios públicos fácilmente perturbables e interrumpibles donde, o bien con bajo costo y esfuerzo se logran daños considerables, o bien la misma congestión permite encubrir la actividad, dentro de los anonimatos propios del urbanismo.

Si todo esto no salió de una ‘*caja de Pandora*’, ¿de dónde surgió? Como síntomas, ¿qué malestares denunciaron? Si aquella mañana del 11 de setiembre yo y los que me rodeaban quedamos sorprendidos, era porque no supimos analizar los antecedentes. Había surgido el hombre suicida: el que mata, pero muriendo.

Enigmática finalidad de una vida que se deja de vivir, de los que han vivido para no vivir más, ni dejar vivir a los demás. Seres aparentemente inexplicables para mí, para nosotros, pero que tienen una autoexplicación para lo que hacen. Extrañas criaturas que posiblemente ¿estaban ‘*posesas*’? ¿Se les había ‘*lavado el cerebro*’? ¿Eran mártires convencidos racionalmente? ¿Estaban medicados psicológicamente? ¿Era la muerte para ellos el ingreso a un mundo mejor?

El hombre que se inmola parece ser un escalón más del descenso de la guerra hacia dimensiones inhumanas e irracionales. Los países llamados progresistas, o industrializados, o desarrollados, son los culpables de comenzar con los malos ejemplos: ellos utilizaron gases desde 1914-18, ensayaron agresivos biológicos; usaron Napalm en varias oportunidades; fabricaron, ensayaron y usaron la bomba atómica y, en la reciente guerra contra Yugoslavia emplearon armas prohibidas, por citar los ejemplos más difundidos.

Sin embargo, esos países estaban considerados en la cumbre de la civilización: sus máximos exponentes. ¿Civilización? ¿Qué es civilización? ¿Y qué es barbarie? ¿No estaban abandonando la civilización? ¿En qué profundidad la civilización está invadida por la barbarie?

En la medida en que la rivalidad se va convirtiendo en odio, la lucha desciende a niveles subhumanos, no sólo en los instrumentos que emplea; además, toma las tácticas del ‘*gangster*’: extorsiona, amenaza, secuestra, soborna, asesina, todo desde las sombras. Pero cuando el hombre que se va a inmolar aparece como integrante de una táctica que ya anunciaron los ‘*kamikazes*’, la pelea se hace vulnerable y presenta una brecha insalvable: ¿quién fue? ¿Quién o quiénes lo envían y preparan? ¿Cómo impedirlo? ¿Cómo negociar? ¿Quién es el enemigo? ¿Podrá desentrañar esto algún grupo de psicólogos y sociólogos?

En la densa bibliografía que recibimos desde el exterior, la palabra ‘*guerra*’ se ha hecho flexible en sus alcances, como también se hace dudoso el estado pacífico. Ellos son los dos extremos de una gama intranquila intermedia, donde la agresión se puede desenvolver con algunas armas, con extorsiones financieras y económicas, con presiones psicológicas, y con un proceso cultural corrosivo contra el patriotismo, contra los ideales, contra los próceres, contra el espíritu religioso, y contra la cohesión nacional.

En estas condiciones, cuando los límites internacionales y sus fronteras han perdido compartimentación, la diferencia entre la agresión interna y la exterior requiere ser muy bien analizada, puesto que una de ellas – la interna – puede recibir el apoyo de la otra – la exterior –, tratando incluso hasta de borrar sus relaciones. Y la actividad de la inteligencia, en la información anticipada y oportuna que se necesita, es fundamental - si no, decisiva - en estas condiciones de incertidumbre e inseguridad.

En 1952 y 1953, el General Benjamín Rattenbach escribió en la Revista '*Dinámica social*' sobre la entrada en acción de la '*guerra revolucionaria*', que avanzaría hacia alternativas disponibles para la humanidad, lo cual supondría que la guerra podía ir perdiendo su desarrollo ortodoxo. Fue toda una anticipación de medio siglo. No tenemos derecho a sorprendernos si la guerra escapó de sus carriles y tomó ferocidad, conocida y difundida al poco tiempo con el eufemismo de '*guerra irregular*'.

Creo que nuestros institutos académicos y de investigación estratégica, parecen haber desconocido la obra del Teniente General Benjamín Rattenbach como anticipador acertado de una tendencia, cuando en los años 1950 tal vez se le prestó poca atención, en momentos en que los organismos oficiales no salían de la concepción estratégica tradicional de la guerra, tal cual lo documentan los ejercicios de gabinete y los reglamentos de conducción de esa década. Nuestra Ley de Seguridad Interior logra cubrir el vacío que hubiese permanecido marginado de la intervención de las fuerzas armadas.

¿Qué es lo que tenemos que pensar, cincuenta años después? ¿Que nadie es profeta en su propia tierra? ¿Para quién escribió el General Benjamín Rattenbach? Si lo hizo en una revista "*civil*" y ajena a las publicaciones militares, ¿fue porque su pensamiento no sería aceptado por sus colegas en aquella época? No podemos saberlo ¿Quién lo leyó y entendió su mensaje?

No tenemos derecho a sorprendernos ante el impacto televisivo de aquel martes. Lo sostengo con toda franqueza. Y debo reconocer que quien lo leyó y entendió fue aquel, mi profesor de historia militar en 1953, el entonces Teniente Coronel Marti Garro (ya fallecido): cuando estábamos esperando el tren en el andén de la estación Palermo, una tarde soleada de setiembre de aquel año, se dedicó a comentarme aquellos artículos sobre la inminencia de la '*guerra revolucionaria*', tema que yo, joven estudiante militar, difícilmente pude retener en sus consecuencias. Esa conversación en el andén, rodeados de pasajeros, quedó en mi memoria como una anécdota imborrable. Y hace pocos años, acudí a la Biblioteca de la Academia Nacional de la Historia, quienes me indicaron donde podía encontrar aquella revista "*Dinámica Social*", porque la misma Academia no la tenía entre sus colecciones.

Este breve trabajo incluye las páginas de aquella publicación. Pero lo que no puede dejarse de entender es que la relación social va descendiendo en sus valores y se ve invadida con una agresividad que, si no es taimada, es violenta y puede alcanzar niveles inhumanos. ¿Llegará a ser una característica de esta transición o de las siguientes y subsiguientes décadas de este nuevo siglo?

Lo que registran los periódicos impresos y la televisión sobre acontecimientos violentos en los escenarios bélicos, tiene la elocuencia de las hechos mismos.

SEGUNDO ENSAYO

EL MUNDO A COMIENZOS DEL SIGLO XXI

Buenos Aires, octubre de 2007.

Primeras palabras

Un esfuerzo de síntesis exige señalar las características llamativas de este período que vive la humanidad. No es tarea fácil,

- primero porque existe información excesiva que impone separar lo superficial y lo secundario de lo que tiene trascendencia.
- Segundo, porque los informes que circulan contienen muchas exterioridades captables por los sentidos humanos: discursos, declaraciones, movimientos, crecimientos, cotizaciones, acuerdos, guerras y tantos otros, de los cuales suele quedar oculta la intención debajo de la superficie.
- Y tercero, porque se agrega a lo anterior todo un sistema de desinformación, que deforma la realidad y a veces la oculta.

Queda planteada una primera pregunta: ¿qué es la realidad?

Para este trabajo, la realidad es lo que ocurre: no lo que está por ocurrir, porque todavía no es realidad. Ella tiene distintos niveles. En el nivel más visible de la realidad están los hechos motores y sus autores, aquellos que poseen fuerza suficiente como para sostener o cambiar la realidad en el mundo, superando oposiciones. En un nivel menor se ubican autores y hechos de influencia disminuida, a veces entorpecida, atrapada o sumergida en ambientes locales de repercusión sólo marginal.

Sin embargo, si consideramos la dimensión trascendente, debe rescatarse a los autores y conductas de carácter personal dentro de la inmediatez humana, donde esas conductas mantienen la dignidad y el respeto hacia los prójimos, ajustadas a la ética de los mandamientos para la vida exterior y para la reflexión interior. Esta, es una realidad que escasamente suele ser distinguida cuando la atención está excesivamente atrapada por sucesos públicamente resonantes y espectaculares.

Una síntesis sobre el mundo de la actualidad puede incluir los siguientes temas:

- La calificación histórica.
- La cohesión física.
- La dinámica del poder.
- La moralidad.
- El crecimiento demográfico y la geografía.

La calificación histórica.

Hemos entrado a un nuevo milenio, el milenio de las tecnologías asombrosas. El ingreso al año 2001 fue precedido durante el año 2000 por grandes festejos en todo el mundo. La televisión, los periódicos y otros medios de difusión lo registraron con abundantes detalles. ¿Era realmente una alegría generalizada? Entendemos que no.

Tantas fiestas, tantos fuegos de artificio, tantos brindis, fueron organizados por gobiernos y municipios para crear un estruendoso espectáculo más. Es que grandes sectores de la humanidad permanecían y permanecen pendientes –distráidos y atrapados– por los espectáculos, recordándonos aquellas reuniones circenses del imperio romano. El cine y sobre todo la televisión, son las tecnologías más apropiadas para cautivar la atención, frente a cuyas pantallas la gente debe permanecer inactiva y aprisionada por los sentidos de la vista y del oído.

Haciendo a un lado los ruidosos y encandilantes festejos, la humanidad no atravesaba en esos momentos un final de milenio –y de siglo– tranquilizante y esperanzado hacia un futuro mejor.

Todo lo contrario: la existencia de instrumentos pavorosos en poder de varios gobiernos y grupos humanos, más los actos terroristas que comenzaron a recrudecer, creaban un estado de tensión, de incertidumbre y de angustia, que permanecían ocultos detrás de los fuegos artificiales. No sólo eso: las condiciones geográficas alteradas permitían una gran preocupación por la hospitalidad del planeta. Todo ello sin agregar otros síntomas deplorables.

El entonces presidente Bush (padre) anunciaba en esos momentos el comienzo de un “*nuevo orden mundial*” para el tercer milenio, promesa que era simultánea con los bombardeos aéreos y el empleo de armas de última generación y certera eficacia, de manera que así se presentaban los procedimientos a emplear para crear ese “*nuevo orden*”: por la fuerza de la tecnología aplicada a la fuerza bélica.

Cuando Europa vivió el comienzo del segundo milenio, durante el año 1.000, no existían medios de difusión. Los pueblos vivían pendientes de las profecías evangélicas y otras: muchos sacerdotes llamaban al arrepentimiento y sembraban el terror por un inminente castigo divino y evangélico que comenzaría con un segundo “*diluvio*” y luego, con la destrucción del planeta.

Quien no estaba aterrizado, por lo menos permanecía preocupado y perturbado; se extendía la imaginación excitada por próximas catástrofes; aparecían grupos presas del pánico.

Existe un hecho que constituye un hito histórico que dio comienzo a una nueva época. No fue “*la caída del muro*”; no fue el lanzamiento del Sputnik en 1958; ni tampoco el atentado a las “*torres gemelas*” del 11 de septiembre de 2001. Aquel hecho ocurrió en Álamo Gordo, Nuevo México, Estados Unidos, al comenzar agosto de 1945, cuando se produjo el primer ensayo de una explosión llamada atómica, verdadero acontecimiento “*anti-histórico*”, que dio inicio a un “*tembladeral cronológico*”, al ubicar el futuro en la duda, a interrogar el significado de esta clara “*insolencia*” humana contra toda una sucesiva cadena de hechos y el destino de la humanidad.

Cuando aquello ocurrió y aun hoy, medio siglo después, las grandes mayorías humanas continúan ‘*comiendo y bebiendo*’, distraídas; o bien atrapadas por sus problemas inmediatos que exigen decisiones y energías para poder vivir.

Fueron pocas las personalidades lúcidas que advirtieron y entendieron su significado.

Albert Einstein dijo: “*La humanidad ya tiene el arma que necesita para suicidarse*”.

Karl Jaspers escribió: “*Bajo la aparente calma de los acontecimientos cotidianos, nos hallamos ante la posibilidad real del fin del mundo*”. ”.

Este autor – Jaspers – entregó en 1958 a sus editores una obra de significación profunda titulada “*La bomba atómica y el futuro de la humanidad*”, que la Compañía Fabril Editora entregó y comentó para los lectores argentinos en 1961. En ese libro el autor presentó allí el problema de la sobrevivencia de la humanidad, tema que superaba el pensamiento político, desbordado por un arma cuya utilidad política era muy discutida, eliminando con claridad aquel optimismo decimonónico sobre el brillante futuro del ‘*progreso*’. Casi al final de sus quinientas cuarenta páginas, el último capítulo tiene por título una pregunta: “*¿En qué hemos de confiar?*”, donde se sintetiza la esperanza pero también la incertidumbre. Jaspers prácticamente allí destruyó el significado alentador e inicial del ‘*progreso*’.

El filósofo argentino Jorge García Venturini escribió:

“*Un futuro insólito aguarda a nuestra historia, al punto que hasta es posible – y muy probable además – la insolencia suprema: que ni siquiera haya futuro*”, y más adelante:

“...la fisonomía que habrá de tener el mundo en el caso, sólo probable, de que continúe siéndolo”.

Estas personas no han intentado alarmarnos. No eran pesimistas ni agoreros. Eran pensadores responsables que se apoyaban racionalmente en sucesos ocurridos.

Ciertas campañas intelectuales se dedicaron a calmar los espíritus difundiendo confianza en una llamada “*disuasión*”, actitud posiblemente prudente de los dirigentes que no exageraban las amenazas como para rescatar un futuro rentable. Sin embargo, aquel monopolio bipolar sobre los conocimientos más peligrosos quedó anulado por lo que tantos analistas llaman la “*proliferación nuclear*” hacia una multipolaridad de “*actores atómicos*”, y todavía, por la dispersión tecnológica al alcance de grupos humanos.

Recordamos la advertencia del Presidente Kennedy:

“Sólo disuadiremos a un enemigo de atacarnos nuclearmente si nuestro poder de represalia es tan fuerte y tan invulnerable que lo convenza de que será destruido por nuestra respuesta.... Pero este concepto disuasorio, tiene una dimensión racional únicamente cuando lo tienen en cuenta personas racionales. Y la historia de nuestro planeta nos enseña que muy raras veces los actos humanos fueron dictados por la razón. Debemos, pues, tomar en consideración las posibilidades imprevisibles de un ataque irracional, de un mal cálculo, de una guerra accidental. La índole de la guerra moderna tiende a exaltar esas posibilidades”.

Con gran preocupación se menciona actualmente la capacidad de producir y emplear otros tipos de armas terribles: químicas, biológicas y radiológicas, que hombres irracionales y fanatizados podrían emplear (se conocen algunos ejemplos poco difundidos¹). Pero eso no es todo. Hoy se menciona hasta la capacidad tecnológica de alterar los climas y provocar fuerzas telúricas para provocar catástrofes “*aparentemente naturales*”, tema que hasta ha sido debatido en la ONU.

Estas condiciones forman parte de la realidad. No se las debe disimular ni menospreciar. De manera que ante un posible “*fin de la historia*” y de la vida misma de todas las especies, es conveniente pensar en un prolongadísimo ciclo histórico desde el “*diluvio bíblico*” hasta nuestros días, sucesivos milenios a lo largo de los cuales los peligros sólo habían amenazado a algunos pueblos y fueron pasajeros. Este, puede ser el momento cíclico culminante: el principio del siglo XXI, cuando el empleo de la tecnología de avanzada es amenazador para nuestra vida, para la naturaleza geográfica del planeta y para la Historia.

La cohesión física.

Ha concluido la compartimentación de la humanidad. Desde que los portugueses y Colón anularon los océanos como enormes obstáculos, durante los siguientes cuatro siglos el género humano progresivamente se puso en contacto recíproco, neutralizando las distancias geográficas y abreviando los tiempos.

Las consecuencias fueron profundas: se conoció el planeta al recorrerlo, actualizando el conocimiento geográfico y también el astronómico; los europeos impusieron su cultura a los pueblos nativos mediante el proceso que se llamó la “*occidentalización*” del mundo²; muchos de esos pueblos quedaron sometidos y se les suprimió su propia historia, que en adelante fue

¹ Se conoció el empleo de gas sarín en el subterráneo de Tokio en 1995, como el más difundido.

² La China de Mao, al convertirse al “*comunismo*” se occidentalizó, porque el ‘*comunismo*’ es una ideología escrita por europeos en Europa.

establecida por los conquistadores; así se alcanzó un proceso humano que algunos llaman todavía el “*mundo uno*”.

Existe hoy una única historia para todos, la historia mundial. Han terminado los aislamientos. Las influencias son inmediatas. Los proyectos llevados a la práctica sufren perturbaciones que alteran sus circunstancias originales. Pensemos que sólo una chispa irracional en Medio Oriente sería capaz de cambiar la historia mundial, tanto como una estampida financiera podría trastornar la vida de por lo menos media humanidad. Hasta los esquimales no escapan al resto del mundo, gracias a sus teléfonos celulares y al derretimiento de los hielos polares.

En tanto los tiempos son peligrosos, sus consecuencias no quedan restringidas localmente. La “*ajenidad*” – nueva palabra – es el resultado de que nada hoy es “*ajeno*”, como si fuera de otros y sólo para otros. Cualquiera puede ser víctima sin ser el destinatario. Resulta prudente tomar conciencia de lo que ocurre y de lo que puede ocurrir en el mundo, mediante una visión que se eleve por sobre la horizontalidad inmediata.

La dinámica del poder.

Mackinder había afirmado que los exploradores habían llegado a los confines de la Tierra (las regiones polares) y, que detrás de ellos, llegaban “*las banderas*” (nacionales) tomando posesión territorial. A partir de ese momento no se encontrarían nuevas regiones vacías que pudieran absorber las manifestaciones del poder, gracias a geografías vírgenes de la presencia humana que ya no existían. Por lo tanto, el poder regresaría sobre regiones ya pobladas y ocupadas, haciendo estallar sus sectores más débiles. He aquí sus palabras:

“De aquí en adelante, en la era poscolombina³, nuevamente nos hallaremos en un sistema político cerrado y, lo que no tiene menos importancia, la esfera de acción del mismo (del sistema político) será el mundo entero. Todas las explosiones de fuerzas sociales que se produzcan, en vez de disiparse en un circuito circunvecino de espacio desconocido en el dominan la barbarie y el caos, serán fielmente reflejadas desde los más lejanos rincones del globo y debido a ello, los elementos débiles del organismo político y económico del mundo serán destrozados”.

En 1904 anunció así Mackinder, con estos conceptos, que aumentará la “*densidad*” del poder en el mundo, porque el poder se extiende donde ya existe poder. Hoy, un siglo después, la realidad confirma aquel anuncio porque:

- Primero, el progreso tecnológico ha entregado instrumentos que hacen más rápido, más profundo y más fuerte al poder.
- Y segundo, existen regiones donde ocurre “*una saturación de poder*” como en el Medio Oriente, donde se superponen todos los poderes políticos (militar, económico, financiero, diplomático, psicológico), enfrentados tanto racional como pasionalmente con intereses vitales impostergables.

Eso no es todo. Debe agregarse que no ha dejado de aumentar la agresividad y su dispersión: existen ciertos Estados agresivos, a los que se agregan empresas y organizaciones agresivas, sistemas bancarios agresivos, prensas agresivas y hasta grupos humanos agresivos. Aquel siglo

³ Mackinder distingue como época ‘*poscolombina*’ a los cuatro siglos que siguieron a los viajes de Colón, durante los cuales aquel mundo ‘*européo políticamente cerrado*’, dejó de estar cerrado al abrirse y comenzar el cruce de los océanos.

XX, siglo de las ‘guerras mundiales’, ha desembocado entonces “agresivamente” en la primera década del siguiente.

La guerra y el atentado parecen asociarse y a veces confundirse. La razonabilidad queda a veces perturbada por la pasionalidad, que no mide los riesgos y sus consecuencias, tema que ya fue señalado por el Presidente Kennedy.

En conjunto, el comienzo del nuevo siglo que vivimos se presenta con amenazas inmediatas y mediatas. No resulta tranquilizador.

En este tiempo el peligro es una característica sobresaliente: lo hemos sufrido en Buenos Aires con terribles atentados en la década de 1990; se lo sufre en Nueva York, en Washington, en Moscú, en España, más allá de la peligrosidad callejera y cotidiana. No estamos exagerando. El peligro está presente para movilizar tanta protección, tanta búsqueda, tanto temor, tanta incertidumbre. Ningún pueblo puede tranquilizarse sintiéndose marginal, porque estos hechos no hacen diferencias entre destinatarios, víctimas ni espectadores (ya lo mencionamos).

Si alguien hubiera escrito estas líneas hace 15 años, ese autor habría sido calificado de “apocalíptico”, alarmista o guionista para ‘*cine catástrofe*’. Pero ocurre que estas líneas se están escribiendo después de hechos salvajes como los del subterráneo de Tokio y de las ‘torres gemelas’, de manera que la tendencia destructiva de los grupos fanatizados no es imaginada ni supuesta: es toda una realidad, aunque depués de todo suceso costoso siempre hay “alguien que paga”: el dinero es un factor de poder aunque muchas veces silencioso.

La “cohesión física” en que se encuentra la humanidad ha llegado ya a provocar explosiones y temibles “saturaciones de poder”. Así como contratamos un seguro de vida, de incendio, de accidente, podemos asegurarnos contra sucesos mundiales, tal como lo hacemos en el orden individual. Para las instituciones la imprevisión es imperdonable y la improvisación será imposible. La sorpresa puede ser irreparable en sus consecuencias. Para las amenazas mediatas podemos usar el calendario, pero para las inmediatas tenemos que limitarnos al reloj.

La moralidad.

Pablo VI afirmó que la humanidad progresaba científicamente, pero no en la moral, donde se advertía un retroceso.

Existe un enorme inventario mundial que pone de manifiesto ese retroceso moral. Veamos.

El narcotráfico.

Desde 1945 la producción y comercialización de drogas ha recibido un fuerte impulso financiero bancario que le permitió crecer y convertirse en un azote mundial contra la dignidad humana. Es una actividad viciosa y maligna que produce ganancias monetarias extraordinarias, de las que no son ajenos en el mundo un conjunto de funcionarios y sistemas de inteligencia. De lo contrario, no se habría globalizado.

El crimen organizado.

Roberto E. Duarte, argentino y docente, lo define con claridad: “*La integración de grupos delictivos con características empresariales, se han estado desarrollando desde la finalización de la IIGM, y alcanzan una expansión muy importante con la disolución de la Unión Soviética, dando lugar a la aparición de innumerables grupos delictivos nuevos, al establecimiento de alianzas estratégicas entre dichos grupos, y a la diversificación de sus actividades ilícitas*”.

A estas características deben agregarse sus conexiones con los sistemas bancarios “*off shore*” y con algunos sistemas de inteligencia.

La prostitución.

Lo que cierta vez se llamó la “*profesión más antigua del mundo*”, hoy ha sufrido una verdadera estampida. Representa un negocio infame que ha olvidado los barrios pobres y necesitados de prostitutas baratas, para encumbrarse gracias a ganancias millonarias en residencias elegantes, movimiento internacional, mafias silenciosas y hasta rapto de menores.

El contrabando humano:

Este subtítulo que parece un eufemismo, está abriendo un tema realmente infame: la venta de niños y el sacrificio humano para vender los órganos solicitados por las modernas cirugías, más el hurto de las donaciones sanguíneas.

La delincuencia juvenil.

No es necesario describirla. El lector puede documentarla en la prensa semanal. Pero ella es solamente un capítulo del crecimiento de la delincuencia en toda la humanidad.

Las luchas inhumanas.

Estos conceptos fueron anticipados por el Teniente General Benjamín Rattenbach en 1952 para el futuro inmediato. Lo sintetizamos afirmando que la “*inhumanidad*” sigue siendo una manifestación en la que no se respetan personas inocentes y se acomete tan sólo para aterrorizar. Las bajas pasiones han trepado hasta el primer plano de la agresividad llegando hasta la crueldad.

El hombre que se inmola, es decir el suicida, parece ser un escalón más del descenso de la agresividad hacia dimensiones inhumanas e irracionales. Los países llamados progresistas, o industrializados, o desarrollados, son los culpables de comenzar con los malos ejemplos inhumanos: ellos utilizaron gases desde 1914-18, ensayaron agresivos biológicos, usaron NAPALM en varias oportunidades, fabricaron, ensayaron y usaron la bomba atómica, se cumplieron fusilamientos en los bosques de Katyn, se usaron cámaras de gases en la Alemania nazi, se bombardeó la ciudad de Dresde quemándola y en la reciente guerra contra Yugoslavia emplearon armas prohibidas, por citar los ejemplos más difundidos.

Sin embargo, esos países estaban considerados en la cumbre de la civilización, sus máximos exponentes. ¿Civilización? ¿Qué es ‘civilización’? ¿Y qué es barbarie? ¿No estaban abandonando la civilización? ¿En qué profundidad la civilización está invadida por la barbarie?

En la medida en que la rivalidad se va convirtiendo en odio, la lucha desciende a niveles subhumanos, no sólo en los instrumentos que emplea. Además, esa lucha toma las tácticas del “*gangster*”: extorsiones, amenazas, secuestros, sobornos, asesinatos, todo desde las sombras. Pero cuando el hombre se va a inmolar, aparece como integrante de una táctica que ya anunciaron los ‘kamikazes’. ¿Qué clase de “*Caja de Pandora*” es ésta? ¿Queda algo todavía para sorprendernos o bien, la crueldad ha alcanzado su máxima expresión?

Los asesinatos masivos y silenciosos.

Este tema incluye no sólo el aumento del aborto, sino la sospecha de que algunas enfermedades mortales podrían no ser naturales.

La mentira.

Es una realidad que ya hemos mencionado en los primeros párrafos de este trabajo: las campañas de desinformación y de ocultamiento de realidades inconfesables. Pero la mentira no está

instalada solamente en las más encumbradas declaraciones del mundo. Tiene abundantes manifestaciones regionales y locales.

Estas manifestaciones de la inmoralidad no ocurren aisladamente. Muchas de ellas están ínter vinculadas en asociaciones silenciadas para el conocimiento público, ocultando acuerdos que producen beneficios recíprocos.

Muchos de estos sucesos confirman que, con la pérdida de la ética, quedan amenazados y debilitados el señorío, la filantropía, también la caridad. Vivir en un mundo tan vulnerado es una tarea difícil y muy riesgosa para Estados e instituciones que mantienen la seriedad en su comportamiento internacional.

El crecimiento demográfico y la geografía.

Durante el siglo XIX la humanidad aumentó numéricamente en un 50%: de 1.000 millones de habitantes (año 1800) llegó a 1.500 millones (en el año 1900). El siglo XX presenció un cambio llamativo en esa tendencia creciente: el porcentaje se elevó a 400%, pues aquellos 1.500 millones de habitantes se convirtieron en 6.000 millones, luego de cien años.

La “*explosión demográfica*” es un adjetivo que puede leerse en cientos de publicaciones que a la vez presentan alternativas futuras de máxima y de mínima para el año 2050 por ejemplo, desde 8.000 hasta 10.000 millones de habitantes.

En un trabajo anterior hemos presentado la pregunta: esa humanidad futura tan numerosa, ¿dónde va a vivir y con cuáles recursos se va a sostener?

La probable respuesta se encuentra en el ambiente geográfico que, científicamente, se comprueba cómo va perdiendo sus características naturales, alteradas por la intervención de los hechos humanos, contribuyentes para dañarlos. En este sentido, la hospitalidad del planeta para aquel año 2050 es dudosa. Si la actual degradación ambiental continúa, es razonable esperar:

- La apetencia por las regiones privilegiadas en su calidad geográfica y por sus escasos habitantes.
- Las energías volcadas hacia el exterior en los Estados donde la población es excesiva, su geografía no es suficiente y su potencia les permite buscar soluciones internacionales.
- El aumento de las migraciones humanas abandonando sus regiones de origen.

Parece suficiente por el momento presentar el problema como el de una humanidad que crece en un planeta que no crece, desafío que compromete voluntades políticas y científicas para encontrar alternativas aceptables.

Reflexiones.

Este trabajo tiene escasa extensión porque su objetivo es contener tan sólo una síntesis: llegar a definir la actualidad mundial en pocas palabras.

Los temas desarrollados están incluidos en copiosas bibliografías. Su acceso es posible pero demanda demasiado tiempo. La pregunta siguiente está dirigida a esta misma condición: ¿existe tiempo suficiente para profundizar el análisis en los debates y hasta en los congresos?

Nuestra opinión ha sido definida en otro trabajo titulado *¿Faltan cinco minutos?*⁴ Vivimos durante un ‘*apresuramiento histórico*’ común para toda la humanidad, donde los años parecen breves para tanta acumulación de sucesos. El futuro nos llega también con celeridad, pero se trata de un futuro amenazador. Entonces, ¿cuál puede ser nuestra reflexión?

Comencemos con algo que nos parece imperdonable: que los “Toffler”, con el subtítulo de “*DIOS ESTÁ AVANZANDO*” en su último libro⁵, denominan así tan sólo al crecimiento numérico de las poblaciones cristianas e islámicas, haciendo sinónimo al número de ellas con la calidad también de ellas. Si personas tan inteligentes cometen esa barbarie intelectual, puede preguntarse qué juicios se escucharán y leerán de otros personajes igualmente publicitados. Se sospecha que según la situación inmoral que se ha alcanzado en la humanidad, las condiciones pueden estar dadas para que “*Dios avance de otra forma sobre nosotros*”.

Los que leen estas páginas pueden estar no viviendo, sino sobreviviendo. Con tantos hechos crueles y mortales, han llegado a ser testigos de esa realidad, no por un propósito proyectado sino por causas ajenas a la voluntad: simplemente, no han sido víctimas.

En un mundo tan peligroso e imprevisible, no es suficiente sólo la precaución y la previsión, que más que obligaciones nacionales son ya regionales. Además, se necesita pensar en el destino superior para la humanidad y para su planeta, que tiene que ser independiente de la voluntad de los hombres. Se entrará así más allá de la filosofía de la Historia: se entrará en el terreno de la religión, donde se encuentran las profecías bíblicas.

TERCER ENSAYO

LOS ÚLTIMOS LIBROS DE TOFFLER

Buenos Aires, septiembre de 2007.

Incluimos en este trabajo la trilogía que hizo famosos a Toffler y su esposa:

- “*El shock del futuro*”,
- “*La tercera ola*” y
- “*El cambio del poder*”, a los que debe agregarse el último,
- “*La revolución de la Riqueza*”.

Dejamos sin considerar a sus obras menos difundidas en los públicos hispano-parlantes:

“*Los consumidores de cultura*” (1964),

“*Avances y premisas*” (1983),

“*La empresa flexible*” (1985),

“*Las guerras del futuro*” (1993),

“*La creación de una nueva civilización*” (1995),

“*Guerra y antiguerra*” y

“*Repensando el futuro*”.

Con “*El Shock del futuro*” los Toffler se hicieron famosos en el mundo. La obra fue traducida a casi todos los idiomas. Su tema reside en la aceleración de los cambios que se comprueban en la humanidad y la verdadera irrupción del futuro sobre el presente, introduciéndole innovaciones incesantes.

En “*La tercera ola*” los autores dividen la Historia de la siguiente manera:

⁴ Boletín de Difusión Académica N° 8/2003 de la Escuela de Defensa Nacional.

⁵ “*La revolución de la riqueza*”, 2006, Editorial Sudamericana S.A., página 502.

- una primera ola ocurrió hace milenios con la primera producción humana, la agricultura;
- la segunda ola comenzó hace tres siglos con el nacimiento de la industria, y
- la tercera ola es actual, desplazando a la industria progresivamente a un segundo plano porque la prioridad es asumida por las modernas tecnologías.

Esta división de la Historia se apoya en los instrumentos de producción económica y sus consecuencias en todos los sectores y actividades humanas, lo cual se asemeja a la concepción marxista. Dejan fuera de consideración otras divisiones históricas, por ejemplo: antes y después de Jesucristo, antes o después de Mahoma o todavía antes y después de Colón o bien antes y después de Gutenberg y su imprenta⁶. Por lo tanto, las “olas” tofflerianas representan un criterio histórico arbitrario y discutible. Sin embargo, ese “oleaje” ha sido difundido y empleado en el mundo gracias al gigantesco apoyo editorial.

Los Toffler prepararon durante 25 años el libro “*El cambio del poder*”, cuya primera edición española es de 1990. Su gran preocupación estaba en el inminente siglo XXI, ante la necesidad de establecer cuáles serán sus características en principio para el ejercicio del poder.

El tema del siglo XXI, en ese momento tema futuro, era incierto porque el siglo XX estaba finalizando el segundo milenio con apresuramiento histórico, creando mutaciones importantes en cada lustro, acumulando un presente renovable, huidizo, que transfería rápidamente sus logros al pasado. Parecía una prepotencia del futuro al arrojarse sobre lo presente para cambiarlo, casi como ‘despreciándolo’ – permítase esta palabra – acortándole sus vigencias y trastornándolo.

Afirma que está surgiendo una nueva civilización planetaria que choca contra el ‘inmovilismo’ de ideas, de sistemas y de costumbres. Ha ocurrido que el máximo inmovilismo se encontraba en la Unión Soviética, sólida y pétrea como para no admitir cambios, de manera que “*El shock del futuro*” fue prohibido desde Moscú y hasta en el Pacto de Varsovia. En cambio, en la inmovilidad de China, gracias a su cultura milenaria, ese libro fue analizado minuciosamente para descubrir reformas necesarias, gracias a lo cual surgieron los ‘Meijis’ chinos.

Los Toffler sostienen que tantos cambios frecuentes están originando una nueva civilización ecuménica. Esa afirmación es discutible, porque si ocurren tantas modificaciones, tanta transformación, **estamos en una época de transición y no de nueva civilización**, transición que se va desprendiendo de la anterior en forma acelerada. ‘Otra’ civilización tendrá que llegar después de esta transformación, una vez que la cultura haya sedimentado sus productos y encuentre una aceptable estabilidad y vigencias.

Lo que efectivamente está siendo reemplazado progresivamente, según los autores, es la industria llamada de las “*chimeneas*”, pero agregamos nosotros, sosteniendo todavía la cultura de la ‘*Ilustración*’: el optimismo en el hombre, en el progreso, en los productos de la razón, en el rechazo de la trascendencia religiosa, gracias a un mundo concebido y llevado a cabo sin el auxilio de Dios.

La gran industria fue la principal herramienta de poder. Por eso, su sucesiva postergación implica un cambio en el poder.

La trilogía ‘*toffleriana*’ tiene una característica común: los ‘*cambios acelerados*’ y las relaciones entre el ‘*conocimiento*’ y el ‘*poder*’, de un conocimiento siempre renovado que amenaza

⁶ Recuerdo mi época del ‘secundario’ con la “*edad antigua*”, “*Oriente, Grecia y Roma*”, la “*edad media*”. Etc.

dejar obsoletos los métodos del poder y dejar desplazados y reemplazados a los grupos poderosos que no entienden esta dinámica de la Historia y por eso sólo abren suposiciones sobre el futuro con el riesgo de sufrir sorpresas.

En el último libro “*La revolución de la riqueza*” (Random House Mondadori S.A., Barcelona, 2006), las rivalidades económicas deben explorar los nuevos sistemas para ‘*crear riquezas*’, lo cual exige saber en qué consiste y consistirá en adelante la riqueza y cómo contribuye y contribuirá para el poder. Una riqueza representada por el conocimiento, por un saber que proporciona la ventaja de la superioridad o el suficiente juicio para no comprometerse en exceso.

Los que se encuentran en el primer rango del poder mundial ya están comprometidos: han perdido libertad de acción, están obligados a mantener el conocimiento más avanzado, quedando aprisionados en una competencia que no pueden o no quieren abandonar, con todos los riesgos que esa ubicación implica para continuar sosteniéndose allí en el futuro. En cambio, adquieren valorización los segundos y terceros rangos, donde los afanes son menores, la competencia es secundaria y las expectativas menos ambiciosas, situación que pocos entienden en sus beneficios.

Toffler afirma que el ‘*poder*’ ha sido conmovido por los cambios en la generación de riqueza. Los que en realidad se han conmovido son los grupos poderosos que antes tenían ese poder, no el poder en sí, que es siempre el mismo – dominar sobre el resto o no dejarse someter –, para lo cual el poderío sufre una actualización de su metodología y una selección sobre las circunstancias propicias. En un anexo, para que el lector pueda comparar, agregamos lo que hemos escrito en 1998 sobre el poder.

Al establecer que la moderna riqueza está en el conocimiento, la que correspondía a la acumulación de bienes materiales ¿ha comenzado a palidecer?, ¿Y la del dinero?. Aquí nos inclinamos por establecer un criterio diferente al de los Toffler, porque desde la década de 1970 comenzó una gran concentración de dinero, primero con los llamados ‘*petrodólares*’ y a continuación con los ‘*narcodólares*’ y ‘*armidólares*’. Las sumas conocidas son gigantescas, a tal extremo que con frecuencia se ocultan o deforman las que surgen de orígenes ‘*inconfesados*’.

Desde las crisis petroleras de aquella década, tanto los países productores como las empresas intermediarias, recibieron sumas sorprendentes de dinero. Han surgido sistemas bancarios nuevos. Algunos analistas comentan lo que ellos llaman ‘*bancos islámicos*’, que desde la implosión soviética en 1991 comenzaron a financiar a las nuevas repúblicas emergentes, que se encontraban en las peores condiciones económicas. Esa circunstancia coincidió con el explosivo aumento en el cultivo de la ‘*amapola*’ y de la producción del opio, con cuyas ganancias se sostiene la mayoría de los grupos armados del Oriente Medio, comúnmente llamados ‘*terroristas*’.

Se ha organizado todo un sistema de distribución desde esa región hasta Europa, donde la droga ingresa por intermedio de diversas ‘*mafias mediterráneas*’. (Ver el Atlas de Le Monde Diplomatique, 2006; y “*Yihad*” de C. Napoleoni).

En los sistemas bancarios occidentales el llamado ‘*lavado de dinero*’ produce sumas gigantescas, procedente en parte de los ‘*petrodólares*’ y en parte por los ‘*narcodólares*’ de las drogas sudamericanas.

El dinero, acumulado en cifras gigantescas, sigue representando una formidable herramienta de poder, aunque los Toffler lo hayan desplazado a un segundo término.

Queda también otra riqueza que pocas veces es citada en los textos: el talento político, que es el que proporciona la calidad al uso del poder.

Para los autores el '*conocimiento*' es una riqueza que no está monopolizada por el grupo que está en el poder, sino distribuida generosamente en todos los niveles siguientes y subsiguientes como una riqueza social, extendida sobre todas las generaciones de la población.

Pero en nuestra época del conocimiento de los Toffler, nosotros debemos considerar el '*desconocimiento*', fruto de las campañas de engaño, de desinformación, de silencios y aun de una verdadera catarata de información, que distrae y disimula; agreguemos el espionaje científico y técnico, o el fallecimiento de valiosos especialistas en accidentes '*inexplicables*'. Este conjunto nos permite entender que presenciamos una verdadera guerra sobre el conocimiento, como una riqueza que se protege, se busca, se roba y, por supuesto, también se explota.

El tema del conocimiento posee antecedentes históricos anteriores al '*shock del futuro*' y a la '*tercera ola*'. Parece conveniente que los demos a conocer a los lectores. Los indígenas del Altiplano mantuvieron en secreto la ubicación de las minas de Potosí. No lo lograron por mucho tiempo: en 1535 fueron descubiertas por los españoles.

Dos siglos más tarde, los ingleses mantenían el monopolio textil algodónero gracias a la tecnología de avanzada, el telar mecánico movido por vapor. Fue un secreto tecnológico cuidadosamente protegido. Existía una rigurosa vigilancia para impedir que algún ejemplar fuera sustraído y sacado fuera del territorio. (Ver Revista "*Geopolítica*", N° 25)

Recordemos que en 1769 Watt dio comienzo a la era de la máquina al reemplazar la bestia de carga por el '*caballo de vapor*'. Ese mismo año, Ricardo Arkwright inventó el torno mecánico para hilar, convirtiéndose en el creador del hilado mecánico del algodón. Esa mecanización condujo a la invención por Cartwright del telar moderno, que en aquellos años lograba realizar el trabajo de ochocientos tejedores manuales y, más tarde, una vez perfeccionado, el de 3.000 trabajadores.

Los fabricantes que lograron instalar y funcionar los tres inventos (la máquina de vapor, el torno de hilar mecánico y el telar automático) se convirtieron en '*nuevos ricos*' y colocaron a Inglaterra en la cumbre de la industria textil algodónera y de su comercio exterior.

En Estados Unidos, gran proveedor de fardos de esa materia prima a Europa, se patentó en 1794 la desgranadora de algodón inventada por Whitney, patente firmada por el propio George Washington. Fue la época de la seguridad tecnológica. Estados Unidos deseaba contar con su propia industria textil, pero carecía de la maquinaria inglesa, maquinaria celosamente custodiada para mantener su exclusividad. Todos los puertos ingleses eran rigurosamente vigilados; todos los buques que zarpaban de esos puertos eran minuciosamente registrados y hasta se llegó a prohibir la emigración de expertos obreros textiles.

Tench Coxe, hombre de negocios de Filadelfia, quiso romper el monopolio inglés robando un modelo Arkwright. A lo largo de dos años consiguió que un londinense le entregase una reproducción en muy pequeño tamaño para facilitar su salida. En Southampton, una hora antes de la partida del barco, llegó la policía y destruyó el modelo.

En adelante, desde Estados Unidos se ofrecieron fuertes recompensas en dinero para quien lograra imitar las máquinas inglesas. Los diarios de Londres se burlaron de esas recompensas. Pero uno de aquellos avisos cayó en manos de Samuel Slater, mecánico de profesión, que trabajaba en una de las fábricas del consorcio Arkwright. La vida en el distrito textil de Derbyshire era penosa: los niños trabajaban en los telares desde los seis años de edad; las niñas arrastraban vagonetas con

carbón desde los ocho años; los salarios eran mínimos; se vivía en 'covachas' dondeapestaba el humo de tantas chimeneas.

Slater resolvió emigrar. Se hizo deficiente en su trabajo; fue considerado con un desequilibrio mental y se hizo despedir. En 1789 fue autorizado a abandonar el país y se embarcó hacia Nueva York.

No llevaba consigo ningún modelo ni ningún plano, pero llevaba en su memoria los más mínimos detalles de la maquinaria. Luego de muchas dificultades logró apoyos y enseguida ensayos. El día en que su máquina estuvo lista, no estaba accionada a vapor como en Inglaterra: estaba conectada a ruedas hidráulicas y así surgieron los primeros hilados 'americanos'. Lancashire perdió su monopolio. La industria textil estadounidense surgió como una explosión y Londres comenzó pronto a sufrir las consecuencias en el mercado mundial, aunque con Waterloo (1815) logró el trono político y económico mundial, debiendo soportar a sus 'hijos americanos'.

No nos resulta posible aquí incluir una larga lista de ejemplos sobre valiosos conocimientos contribuyentes al poder antes de las 'olas' tofflerianas, porque el lector puede encontrarlos en la historia de los servicios de inteligencia.

Doce años emplearon los Toffler en preparar su último libro "*La revolución de la riqueza*", doce años durante los cuales recuerdan al lector los dramáticos titulares que jalonaron el comienzo del nuevo siglo XXI.

De ese período hacen una lista con: el ataque con gas sarín en el subterráneo de Tokio, la descodificación del genoma humano, el SIDA, el síndrome respiratorio agudo severo⁷, los atentados del 11 de septiembre, la invasión a Irak, entre otros. Estos sucesos llenaron las 'primeras planas' mientras el tema de la "*transformación histórica de la riqueza*" pasaba casi desapercibido.

El título del libro tiene dos palabras. A la primera, "*revolución*", los autores le asignan un alcance de gran magnitud y consecuencias globales. A la segunda, "*riqueza*", la ubican en un sistema no ortodoxo que se realimenta y a la vez, alimenta las estructuras sociales, económicas y políticas.

Este suceso revolucionario contiene una característica sorprendente para muchos. No aparece explicada en charlas superficiales. Entonces, ¿quiénes la entienden y la saben aprovechar? ¿A quiénes acudir? ¿Quiénes asesoran y aconsejan? ¿Cómo obtener un seguro político y económico contra '*todo riesgo*'?

Mientras se presentaban y sucedían otras preguntas, llegó a todo el mundo otro adelanto también revolucionario, internet., verdadero '*intruso tecnológico*' pero bienvenido que llegó para discutir la primacía contra las bibliotecas, contra las agencias informativas, contra los silencios (y además contra algunas verdades), formidable instrumento de la globalización que ha perforado todas las fronteras y que, hay que reconocerlo, distrae con información excesiva al alcance de todos y dificulta entender el significado de lo que ocurre y de lo que no ocurre. Así, se debe insistir en ese talento que haga a un lado tantas superficialidades y que sepa interpretar la época y estimar sus probables desenlaces.

Mucho más allá de los cambios tecnológicos de los Toffler, hoy se necesita entender hacia dónde marcha la humanidad: ¿se ha cumplido un ciclo milenarior? Si así fuera, ¿cuál es el que

⁷ Se sospecha que este síndrome fue resultado de un atentado biológico.

termina y cuál es el siguiente? ¿Qué importancia tienen los futurólogos, como estos autores? ¿Y las profecías bíblicas?

Incertidumbre, temor zozobra, se han hecho frecuentes. Pero a ese conjunto debe agregarse un tema que los Toffler no han valorizado debidamente: la facultad alcanzada para darle fin a la Historia con instrumentos y armas terribles, resultado lógico de una científica insolencia anti-histórica., siempre que antes no se atravesase por “*el mundo feliz*” de Aldous Huxley o por “*1984*” de Orwell. ‘*Una cosa*’ digámoslo así, es el conocimiento como riqueza; ‘*otra cosa*’ es el uso que se hace de ese conocimiento.

Los móviles humanos son determinantes. Los Toffler los han suavizado y menosprecian que vivimos en una época donde parece prevalecer la agresividad, la rivalidad a veces despiadada, y otros ‘*pecados capitales*’ que contribuyen a pensar en un desenlace sombrío. Se habla de los asombrosos ordenadores, pero no se considera cómo contribuyen al lavado de dinero. Se mencionan los capitales y sus veloces desplazamientos por todo el planeta, pero nada se dice de los activos externos ocultos. Se habla del trabajo y de sus especializaciones tecnológicas, pero no del trabajo ‘*negro*’ y semiesclavizado. Se habla de una ‘*humanidad numéricamente explosiva*’, pero no de la ‘*explosiva comercialización*’ de narcóticos, de niños, de la prostitución y de la venta legal e ilegal de armas.

Los Toffler piensan agnósticamente: su futuro es indiferente a la moral y a los ‘*mandamientos*’. En tanto la humanidad se tecnifica y se digitaliza, la dignidad humana, el sentido profundo de la vida, pasan casi desapercibidos.

Estos autores mencionan el crecimiento numérico de los cristianos en el mundo y de la explosión poblacional de los islámicos, bajo el subtítulo de “DIOS ESTÁ AVANZANDO” (página 502). Esto indica que ellos, a pesar de su capacidad de análisis y síntesis, confunden la cantidad con la calidad. Eso los ubica en el mismo nivel de aquel piloto que conducía su avión arrojando bombas, mientras sostenía que “*Dios es mi copiloto*”.

Ya que esta gravísima consideración es cometida por personas tan inteligentes, existe el derecho a pensar en qué medida ‘*Dios*’ ha sido convertido en algo flexible y acomodable a esta época cibernética, casi como un práctico ‘*manual de bolsillo*’ redactado con amenidad para poder encubrir cualquier extravagancia, cualquier desatino o hasta cualquier monstruosidad. Los Toffler, permítase que insista, desprecian la consideración sobre el porcentaje de esos ‘*fieles*’ que son practicantes y respetuosos de su religiosidad y qué otro porcentaje también de ellos sostienen la intolerancia y hasta la agresividad. Esta época **no es más religiosa: es más peligrosa**, aspecto que ellos menosprecian.

Ahora bien: ellos mismos lo reconocen y se contradicen más adelante, cuando escriben: “*A medida que nos adentramos en el siglo XXI, la lista de horrores potenciales parece inacabable*” (Página 512).

En las últimas páginas de “*La revolución de la riqueza*” (página 504) los autores analizan la crisis energética mundial y en uno de sus párrafos anuncian que se “*prepara el escenario para la catástrofe*”. Sin embargo, con optimismo, agregan que “*estamos saliendo de la era de los combustibles fósiles*”, aunque no analizan cómo se abandonará esa era.

Agregamos que “*esa salida*” no será probablemente pacífica: tal vez catastrófica (palabra de ellos) debido a la competencia despiadada que se libra entre las grandes potencias por las últimas ofertas de hidrocarburos, rezago histórico de la “*segunda ola*” que influye directamente en el poder

y en la subsistencia humana. **Los sustitutos** – los Toffler nombran en particular el reemplazo del motor de combustión interior por las pilas de combustible con hidrógeno – **llegarán tarde**: no podrán suavizar ni paralizar la lucha que por ahora es sorda, entre los grandes consumidores y que nosotros hemos brevemente desarrollado en nuestro trabajo “*La humanidad ‘prisionera’*” (www.mindef.gov.ar/edn.htm; Publicaciones; Colección Académica, número 105).

Los autores han dejado sin reconocer que en esta época las “*olas*” han traicionado al avance histórico. Se está produciendo un retroceso hacia una combinación entre la “*primera y la segunda olas*”, en tanto han recuperado vigencia y gran atractivo político las materias primas de carácter vital: los energéticos, los alimentos, el agua potable, unos para la industria y la locomoción, y los otros para el más elemental consumo humano, todavía en un ambiente geográfico que pierde sus cualidades y su hospitalidad, y que ellos menosprecian.

¿Cuál es entonces la “*ESPERANZA PARA EL GENERO HUMANO*”, uno de sus últimos subtítulos (página 522). Posiblemente lo creen cuando afirman que “*El desplazamiento hacia el trabajo del conocimiento y de los servicios avanzados, incluso los peores, ya es un primer paso liberador hacia un futuro mejor*” (página 523), y que “*Cabría enumerar otros muchos avances en la asistencia sanitaria y muchos otros campos, para demostrar que las cosas están mejorando para mucha gente*”. (Página 523).

El optimismo de los Toffler parece inconvencible. Algunos lectores proponen llevarlos a visitar Irak, Afganistán, unos días en Chechenia y en Ruanda; tal vez en Somalía; también en el circuito del opio afgano y hasta dialogar con los deudos de Timor Oriental y además con los grupos terroristas que se autofinancian con el tráfico de estupefacientes.

Lo inexplicable está en sus mismas contradicciones: han afirmado que ven venir una industria del terror, que los terroristas podrán emplear armas químicas y biológicas y que, hasta nos encaminamos hacia una época de conflicto considerable. No se los puede aceptar como ‘*Julios Vernes*’ del progreso científico interminable y beneficioso.

Lo concreto es que no es aceptable que el sentido de la Historia sea determinado por los avances tecnológicos que así, dejarían de ser medios, para convertirse en fines. Es un criterio subalterno para calificar la Historia. Los ‘*cambios*’ también son medios: tampoco son fines por sí mismos, porque los fines deberían estar en el reemplazante, ya que el reemplazado ha perdido esa categoría y no en el acto de reemplazar. Y si es que ellos valorizan esta transitoriedad, tampoco es un fin: es un método de ‘*limpieza cultural*’ abreviando las vigencias.

Los Toffler deberían conocer cuántas y cuáles son las empresas (por ejemplo de aviación, de petróleo y otras) que ‘*pagan*’ a los terroristas para no sufrir atentados, al mejor estilo ‘*gangsterista*’ del viejo Chicago. La realidad no puede ser suavizada para ‘*no asustar*’ a los auditorios que, eso sí, ya no se asustan ni espantan con tantas novelas terroríficas y películas cinematográficas de catástrofe que circulan por el mundo. Menos todavía en los ensayos más serios que tratan de explicar la época en que se vive y el futuro que le espera.

ANEXO.

El poder

(Del Cuaderno Académico de la Escuela de Defensa Nacional, N° 3/98, como edición impresa, ISBN 950-43-9705-0)

El poder no ha dejado de crecer y se nutre desde múltiples vertientes. Actúa en diferentes graduaciones: influye primero por simple acto de presencia, de existencia: ¡Allí está el poder!

¡Cuidado con él! Si su presencia no es suficiente, se hace una 'demostración de poder': se lo muestra sin disfraces, se hace comprobar su eficacia. Y si eso no es satisfactorio, se lo aplica con rigurosidad.

El talento humano, en cuanto al poder, pudo estar depositado en una persona, como en Julio César, en Isabel Tódor, en Pedro el Grande o en Bismarck; o pudo ser puesto a la disposición de una persona poderosa o grupo mandante, como "*El Príncipe*" de Maquiavelo, las "*Bases*" de Alberdi y su "*La República Argentina consolidada...*", los escritos y conferencias marítimas del Almirante Mahan para el gobierno de los Estados Unidos, o los trabajos de Nicholas J. Spykman para su patria de adopción.

Actualmente, la persona de gran talento no es indispensable para emplear el poder: se puede apoyar en equipos de hombres que la auxilian para pensar y para actuar y además, tendrá a su disposición una gama de modernos recursos de la tecnología. En este momento, recordamos las bromas que se dirigían en Estados Unidos contra Gerald Ford: no lo consideraban talentoso. Tal vez, Gerald Ford tuvo el talento indispensable y adecuado para su hora histórica; tal vez pudo interpretar con claridad lo que muchas celebridades no pudieron ver. Seguramente dispuso de un valioso equipo de auxiliares y especialistas. El hecho concreto es que, durante su breve presidencia, los Estados Unidos tuvieron una clara política exterior, sosteniendo una lógica continuidad con los períodos precedentes.

El talento que hoy se necesita, tanto en el mandante como en quienes lo auxilian, se particulariza por la capacidad para entender los tiempos modernos, su inestabilidad, sus rápidas transformaciones, sus apariencias, en fin, su complejidad; incluso talento para saber qué debe hacerse ante la incertidumbre.

Ortega y Gasset llamó "*cabezas claras*" al talento político, ese don para saber interpretar una realidad difícil o caótica, encontrando la diferencia entre sus causas y sus efectos y acertando en la acción que será necesaria. Pero Ortega, ejemplificaba la "*cabeza clara*" en el mismo mandatario político, independiente de todo asesoramiento para '*aclararle la cabeza*'.

Aquí aparece una institución indispensable: la que proporciona información, comúnmente llamada 'sistema de inteligencia', que debe proporcionar hasta los probables cursos del futuro inmediato y mediato. No obstante, las peculiaridades humanas permiten que hoy, importantes personajes, consultan adivinos y además - por las dudas - también el horóscopo, tal como antes se consultaba al oráculo.

Las vertientes desde donde se nutre el poder son numerosas. Hemos mencionado el talento humano. Agreguemos: la voluntad y el acto de resolución para emplear el poder. Estas capacidades humanas son decisivas: suelen ser atacadas porque en ellas reside el motor, el elemento clave donde reposa el uso del poder, elemento que siempre es vulnerable. Al ser humano que posee talento y voluntad para usar el poder se lo ha agredido psicológicamente, racionalmente ha sido a veces engañado, a veces fue traicionado y extorsionado, o hasta eliminado, porque la eliminación de la persona clave suele crear un vacío de poder, tal como recordamos '*el veneno vertido en la copa que bebe el rey*', o la neutralización de un personaje explotando sus debilidades vulnerables.

En otro trabajo hemos presentado la probable radiografía del poder, como sigue (1):

El fenómeno del poder en el siglo XX puede ser actualizado según los siguientes conceptos:

1 - *El poder según su organización.*

Primero: el poder tiende a concentrarse. Porque los que lo ejercen tienen a su disposición las modernas tecnologías que aumentan su alcance y eficacia: informática, satélites, telecomunicaciones, otros.

Esta concentración ha producido 'superpotencias', palabra con la que se nombraba a Estados Unidos y a la Unión Soviética, para las cuales el término 'gran potencia' resultaba insuficiente.

Además, la concentración del poder se pone de manifiesto cuando se producen alianzas, bloques, y otras asociaciones internacionales, como un procedimiento válido para sobrevivir salvando las limitaciones individuales. Estos vínculos se producen no solamente entre Estados, sino también entre entidades económicas y financieras.

Segundo: el poder tiende a dispersarse. Significa que las superpotencias, las grandes potencias y otros Estados, han dejado de monopolizarlo. Hoy, también tienen importante poder:

- Los narcotraficantes.*
- Los grandes traficantes de armas.*
- Las entidades dedicadas al contrabando.*
- Las grandes cadenas de difusión (TV, prensa).*
- Los grupos terroristas.*
- Las más grandes empresas económicas.*
- Las más grandes empresas financieras.*
- Las grandes acumulaciones de dinero ilegal.*
- Los más poderosos grupos delictivos (mafiosos y otros).*

Esta es una realidad que queda registrada hasta en los diarios y noticiosos de todos los días, y que ha irrumpido en la arena internacional con resultados perturbadores.

Tercero: el poder también tiende a fracturarse. Se quiebra y se debilita, como ocurre en la ex Yugoslavia con violencia, en la ex Checoslovaquia sin violencia, en Nagorno Karabaj, que pueden ser los casos más difundidos, y también donde la descohesión - o la guerra civil - amenazan o pasan a los hechos.

2. El poder según sus instrumentos.

- Históricamente: el poder ha sido sinónimo de violencia física. Escasas han sido las manifestaciones no violentas del poder.

- Actualmente: el poder continúa empleando recursos violentos, pero se ha enriquecido con los instrumentos que lo hacen poco visible, de perfil bajo ('low profile'), y a veces de apariencia anónima.

En cuanto a las vertientes donde abreva el poder, tema que mencionamos arriba, los contribuyentes son numerosos: la calidad de los líderes, la población, su cultura y su cohesión; la eficacia de sus instituciones; la solidez y aceptable suficiencia económica; los medios de pago; los recursos tecnológicos y su apoyo científico; el respaldo territorial; la fuerza militar; el marco internacional de apoyo. Pero en una síntesis de los componentes del poder, no solamente se estima y contabiliza lo que suma y acrecienta; también deben considerarse las vulnerabilidades que pueden ser explotadas y las debilidades que pueden disminuir la aplicación del poder.

En ese sentido, una economía dinámica y creciente, puede perder solidez debido a sucesos monetarios y bursátiles. Un país que dispone de prestigio y apoyo internacional, puede verse rápidamente aislado, desprestigiado y presionado desde varios actores internacionales. Una catástrofe interior, meteorológica o telúrica, puede neutralizar el poder exterior, requiriendo emplear

grandes energías para las restauraciones, recuperaciones y socorros. Lo que resulta de influencia imponderable, requiere prudencia política.

En cambio, la radiografía del poder de un grupo humano no nacional, tiene matices particulares: reclutan miembros entre los más capaces y controlan su confiabilidad; tienen un sistema de inteligencia apropiado a sus objetivos; poseen recursos para presionar a personas y a otros grupos rivales; se organizan en una escala jerárquica y también horizontal; mantienen un sistema de comunicaciones seguro y guardan la discreción adecuada sobre sus actividades. Estos grupos se mueven dentro de un mundo conflictivo: tienen choques, acuerdos, repartos y hasta asociaciones con otros grupos y con algunos Estados nacionales.

Los grupos de poder no nacionales, no dependen o dependen escasamente del apoyo y consenso de la población, requisito que, sí, debe ser respetado por un Estado-nación. Por eso, disponen de una libertad de maniobra que margina esa dependencia o, en algunos casos, pueden explotar ciertas debilidades humanas generalizadas.

El brazo del poder ha aumentado su alcance hasta cubrir el mundo. Eso es lo que ocurre en el siglo XX, característica anticipada por Mackinder en 1904, cuando afirmó que comenzaba el encierro político del mundo, porque las soberanías habían plantado sus banderas en los confines de la Tierra, se les había terminado el planeta y, desde esos confines, el poder regresaba sobre regiones donde ya existía el poder, característica que podría geometrizar en un aumento de la densidad del poder en cada kilómetro cuadrado.

CUARTO ENSAYO

LA “ORGANIZACIÓN DE COOPERACIÓN DE SHANGHAI”

Buenos Aires, noviembre de 2006.

Introducción.

El año 1991 señaló el comienzo de la etapa ‘visible’ de la implosión soviética, mediante la emancipación política de las repúblicas bálticas, eslavas e islámicas, cuyos orígenes previos se fueron acumulando progresivamente hasta alcanzar un nivel suficiente para irrumpir modificando el mapa político.

En el orden internacional la consecuencia fue inmediatamente hegemónica: Estados Unidos quedó solitario al frente del mundo sin oposición política, militar ni ideológica, sin haberlo logrado por la fuerza, como en una competencia donde el rival ‘*jadea*’, se retrasa y finalmente cede sus posiciones. Los analistas afirmaron que desde ese momento, desde Washington se comenzó a buscar en el exterior ‘*otro enemigo*’, pues las energías agresivas norteamericanas, la economía apoyada en la industria militar, los desarrollos bélicos para el espacio exterior, en fin, la vocación de una población preparada para enfrentar la lucha contra adversarios, requerían *llenar el vacío dejado por el repliegue soviético*.

En la potencia derrotada – URSS – la conciencia sobre el enorme tropiezo y fractura produjo el acceso a la presidencia de la Federación Rusa de una persona – Vladimir Putin – que, una vez alcanzada una primera etapa para su propia consolidación, buscó en el exterior un agrupamiento político que le permitiera competir nuevamente con el mundo anglosajón o, por lo menos, para no retroceder todavía más en las jerarquías del poder mundial. Encontró la mejor sensibilidad en Beijing y en otras capitales asiáticas para un ‘*entendimiento regional*’ que, como primera exigencia, debía resolver diferencias y roces, abandonar

expansionismos y áreas de influencia agresivas y mantener las diferencias en un nivel inferior y siempre negociable.

Sólo cinco años después de aquella implosión, en abril de 1996, se produjo el primer acto público de aquel entendimiento en lo que se llamó "*la primera cumbre de Shanghai*", en la cual participaron los mandatarios de China y de Rusia, más los de tres nuevas repúblicas islámicas: Kazajstán, Tadjikistán y Kirguisia. Ese grupo recibió el nombre de "*quinteto de Shanghai*" cuyos motivos comunes comenzaron por la lucha contra el terrorismo, contra el separatismo y contra el extremismo, firmándose un tratado sobre la Profundización de la Confianza Militar Fronteriza.

Durante el año siguiente – 1997 – los mandatarios concretaron la "*segunda cumbre*" esta vez en Moscú, durante la cual determinaron desmilitarizar las fronteras comunes.

Sucesivamente, las reuniones fueron anuales. En 1998 se concretaron en la entonces capital de Kazajstán, Alma Ata, proyectos futuros sobre oleoductos y gasoductos transfronterizos. Surgió así el tema energético que permitió interpretar la intención, primero, de no depender de los hidrocarburos '*occidentales*' y tal vez, segundo, llegar a obtener un lugar mundial competitivo gracias a los recursos energéticos de los subsuelos de este '*quinteto*'.

En 1999 y reunidos en la capital Kirguisia, Bishkek, los cinco mandatarios establecieron una profundización de los primeros acuerdos de seguridad, ahora sobre las amenazas del crimen organizado, del narcotráfico y del comercio ilegal. Y en el año 2000 – quinta reunión – en Dushanbe (Tadjikistán), se permitió la visita de un representante de otra república islámica, Uzbekistán. De manera que en la '*sexta cumbre*' de Shanghai (2001), Uzbekistán fue admitido como el '*sexto miembro*' incorporado a los tratados y acuerdos iniciales, en el momento en que el grupo adoptó institucionalizarse como "*Organización de Cooperación de Shanghai*" (OCS) el 14 de junio, noventa días antes de los atentados del 11 de septiembre y un mes después, en julio, China y Rusia firmaron el tratado de "*Buena Vecindad y Cooperación Amistosa*".

Con cada año transcurrido el entendimiento recíproco en el ahora '*sexteto*' de naciones asiáticas, fue incrementando los motivos comunes y por lo tanto, su cohesión. En 2002 y en San Petersburgo, se firmó la Carta de la Organización, conteniendo todos los instrumentos institucionales: las finalidades, la estructura, el funcionamiento, los alcances.

Consolidación progresiva.

En el año 2003 la estructura interna se robustece con la creación del secretariado y la designación en 2004, como Secretario, de Zhang Deguan, que se había desempeñado como embajador chino en Moscú y como vicescanciller. El cargo de Secretario es rotativo cada tres años, no reelegible y sucesivo entre los países miembros. Esta estructura más los objetivos futuros de independencia energética y de un espacio comercial propio y progresivo, hasta alcanzar el año 2020, despertaron en Washington la preocupación por la extensa área que aspiraba a prescindir de sus influencias y en Shanghai, la preocupación por romper los lazos existentes con Estados y organizaciones ajenas, que podrían restringir la libertad de maniobra interna.

Así, el tema comenzó con las repúblicas islámicas que habían aceptado la influencia, la presencia y el apoyo financiero de Estados Unidos.

En Kazajstán se modernizaban sus fuerzas militares con asesoramiento y apoyo norteamericano y se llegó a una asociación con la OTAN. En Kirguisia se instaló una base aérea de Estados Unidos. De manera que, como un rechazo a la intromisión de Washington en Asia Central con la invasión militar a Afganistán en 2001, en 2003 a Irak y la presencia de las empresas

anglosajonas en las repúblicas islámicas tras los subsuelos ricos en hidrocarburos, en la OCS se ha presentado para esos miembros la necesidad de establecer un proceso breve para que esos ‘intrusos’ abandonen sus territorios.

El conflicto geopolítico contra ‘Occidente’ quedó así planteado no solamente para reforzar la solidez interior de la OCS, sino además para satisfacción de Rusia, irritada por la penetración norteamericana en sus antiguos territorios.

La OCS representa el 25% de la población mundial y los 3/5 de la superficie asiática. Ha incorporado observadores concurrentes a sus reuniones: India, Irán, Pakistán y Mongolia. Culturalmente estableció dos idiomas comunes: el ruso y el chino. Aprobó un financiamiento conjunto⁸. Por el momento no acepta nuevos miembros – los observadores no lo son – con la finalidad de preservar la discusión y las decisiones para un número reducido de actores, donde los fundamentales son dos: China y Rusia.

Los jefes de Estados se reunirán una vez por año y en un país distinto al anterior, siguiendo un orden sucesivo y preestablecido. Estas reuniones serán precedidas por las de los ministros de relaciones exteriores y, además, según fuere necesario, por funcionarios de niveles inferiores.

Además del Secretariado, ha sido creado un segundo órgano permanente en Uzbekistán: el *Centro Antiterrorista*, en su capital, Tashkent. El tema del terrorismo ha originado ejercicios combinados con tropas, primero en territorio kazajo y también sobre el espacio fronterizo de China.

La OCS no incluye un pacto recíproco de defensa ni tampoco hacia el exterior, por lo menos hasta el año 2004. Los temas militares son individuales de cada miembro. Las relaciones exteriores no incluyen temas de defensa, pero son mantenidas en otros asuntos con la ONU y con ASEAN y sus miembros, por el momento.

Características de la OCS.

La OCS es una entidad asimétrica. De los dos miembros principales sobresale China por su volumen político, económico – crece a un promedio de 8,5% anual – y demográfico. Está acompañada por la Federación Rusa, que continúa siendo una potencia militarmente estratégica, que posee el subsuelo siberiano como la reserva minera más grande del mundo⁹ y que se encuentra en un proceso de disminución demográfica¹⁰.

Las cuatro repúblicas islámicas se ubican como miembros en un nivel muy inferior, debido a sus características mucho menores en territorio, en población y hasta en PB per cápita.

Miembros

	Superficie km2	Población	PB per cápita U\$S
China	9.596.960	1.284.211.000	4.600
Rusia	17.075.200	143.673.000	9.700

⁸ Los aportes corresponden a Rusia y a China con un 24% cada uno; Kazajstán con 21%; Uzbekistán 15%, Kirguisia 10% y Tadjikistán 6%.

⁹ Se estima que Siberia posee el 50% de los minerales del mundo todavía sin explotar.

¹⁰ Se recuerda que Gorbachov afirmó que en la URSS faltaban 50 millones de personas, por las gigantescas pérdidas durante la segunda guerra mundial y por las purgas de Stalin. Actualmente la población rusa disminuye progresivamente: por cada 10 nacimientos se producen 16 fallecimientos.

Uzbekistán	447.400	25.484.000	2.600
Kazajstán	2.717.300	14.884.000	7.200
Tadjikistán	143.100	6.327.000	1.300
Kirguisia	198.500	5.002.000	2.900

Observadores

India	3.287.590	1.047.671.000	2.540
Irán	1.648.000	65.457.000	6.800
Mongolia	1.565.000	2.457.000	1.900
Pakistán	803.940	145.960.000	2.000

La incorporación como *'miembros'* de las repúblicas islámicas responde a la intención de disminuir las limitaciones propias de su mediterraneidad, ampliando sus horizontes políticos y económicos mucho más allá de sus límites internacionales.

Sus yacimientos de hidrocarburos no son necesarios para el consumo ruso, que se autoabastece y los exporta; pero sí para China, que ya es el segundo consumidor del mundo. Este objetivo exige que estas repúblicas renuncien a las presencias y aportes de las empresas anglosajonas.

No forman parte de la OCS las siguientes repúblicas islámicas:

- Turkmenistán: es el país más alejado de la región del Mar Caspio respecto a la OCS. Por sus riquezas en gas y petróleo, se afirma que desde Washington le han prometido convertirlo en un segundo *'kuwait'*, pero *'ductos mediante'*.
- Azerbaiján: es el país petrolero que tiene la mejor ubicación geopolítica en el Caspio: Su territorio será el colector de todos los ductos que, desde el Este, atraviesen el fondo del Mar Caspio hacia su territorio, para continuar por Georgia hacia el Mediterráneo (posiblemente en el litoral marítimo de Turquía).

Los hidrocarburos de Kazajstán, Uzbekistán y Tadjikistán son por supuesto mediterráneos y mientras no se disponga de los ductos necesarios, continuarán inexplorados. Las noticias obtenidas permiten saber sobre proyectos que desde Siberia y Kazajstán se dirigirán hacia territorio de China.

Sin embargo, el costo de esos y otros ductos será muy elevado, porque la OCS tiene una enorme extensión: en ella la unidad de medida es de 1.000 km, multiplicados para cubrir distancias gigantescas. Y eso no sólo para ductos, sino para todos los proyectos de otros medios de transporte. Debe recordarse que entre San Petersburgo y Kamchatka existe una diferencia de once husos horarios.

Al cumplir un lustro desde su creación, la OCS en el 2006 comienza a significar un problema serio para Estados Unidos, no porque constituya una alianza militar enemiga, sino porque ella representa – con sus miembros y sus observadores – un gigantesco espacio *'euroasiático'*, político y económico marginado de la influencia anglosajona y con la capacidad para alcanzar un nivel hegemónico antes del año 2020, si continúa su desarrollo como hasta el momento.

Algunos analistas consideran ya a la OCS como un verdadero *'contrapeso'* geopolítico para Estados Unidos, porque sus miembros y observadores están actuando tanto en el escenario de la lucha energética como en el de la lucha financiera, comenzando por rechazar al dólar como divisa internacional.

Además, Francia y Alemania han establecido sus diferencias y roces con la alianza de Estados Unidos y el Reino Unido, de manera que pueden ser consideradas como un apéndice no oficializado de la OCS, por intermedio de la Federación Rusa, pues pese a la Unión Europea y pese a la OTAN, según el giro que están tomando los acontecimientos la balanza se inclina desfavorablemente para el mundo anglosajón:

- Porque Israel en Líbano sufrió reveses ante Hezbollah.
- Porque EEUU y el Reino Unido están ‘empantanados’ en Irak y Afganistán, sin alcanzar sus objetivos políticos iniciales y sufren un proceso de desgaste y aferramiento.

Irán está interesado en ingresar a la OCS como miembro titular, no solamente por sus vínculos económicos con China, sino por sus vecindades hostiles en la región del Golfo Pérsico, que le aconsejan incorporarse a un conjunto de Estados políticamente afines.

Además de Irán, también la India y Pakistán han solicitado ser miembros de la OCS. La actitud de estos tres Estados por ahora “*observadores*”, ha provocado fuertes declaraciones en Washington,

- primero porque Irán – segundo productor mundial de gas y cuarto exportador de petróleo, con yacimientos todavía no explotados – proporcionará a la OCS una capacidad energética de repercusión mundial; y
- segundo, porque el proyecto norteamericano consistía en contrapesar a China con la India.

Aun sin llegar a ser miembros, la OCS y sus Estados ‘*observadores*’ pueden llegar a organizar una entidad energética que el presidente ruso bautizó como “*Club de la Energía*”, futuro competidor de la OPEP. No sólo ese proyecto se apoya en los yacimientos de Kazajstán, Tadjikistán y Uzbekistán, sino en los de carácter hidráulico de Tadjikistán, Kirguisia y Rusia.

Reflexiones.

La OCS debe ser considerada como un bloque de naciones incluyendo además a India, Pakistán, Irán y Mongolia, porque estos cuatro ‘*observadores*’, aunque no están incorporados oficialmente al conjunto, tienen ya vínculos muy importantes contraídos individualmente: Irán y Pakistán con China y con Rusia; Irán con la India; la India con Rusia y China. Mientras Mongolia ‘*padece*’ de una mediterraneidad en el centro de la OCS.

Este bloque es un conjunto ‘*euroasiático*’ que por sus metas y por sus áreas de desarrollo, se presenta ajeno a las esferas de influencia y de dominio de Estados Unidos, tanto más si se considera a Alemania y a Francia entendiéndose con Rusia.

Los cruces producidos en el Consejo de Seguridad de la ONU con motivo de las “*armas terribles*” que tendría Saddam Hussein, marcaron una clara división del mundo, en la cual Estados Unidos emergió contra la Carta de las Naciones Unidas y contra sus antiguos aliados, con la compañía del Reino Unido, para comenzar una guerra en marzo de 2003 cuyos objetivos no estaban en aquellas ‘*armas*’ (por otra parte, inexistentes), ni en la tiranía de Saddam Hussein, sino en la segunda fuente petrolera del mundo del subsuelo irakí, objetivo inconfesado porque jamás asomó en las palabras del presidente norteamericano no de los miembros de su gabinete.

Esta invasión bélica precedida por la de Afganistán, en la búsqueda del ex saudita Osama bin Laden, tuvo un breve período de combates militares gracias a la enorme superioridad tecnológica de Estados Unidos, pero dio comienzo a una larga e inacabada posguerra donde:

- Las bajas norteamericanas e inglesas continúan sin cesar (¿100 muertos mensuales?) provocadas por francotiradores y atentados.
- El terrorismo irakí alcanza una frecuencia llamativa.
- La moral de guerra de las tropas de ocupación se deteriora, debido a las bajas que no cesan y a una posguerra que no termina después de 3 años.
- La ocupación por las tropas invasoras debe continuar.
- El apoyo interior y electoral para el presidente norteamericano y para el premier inglés, han tenido un vuelco claramente desfavorable.

Esta caída en un tembladeral político – o como algunos llaman, un ‘*pantano*’ – representa un episodio favorable a la OCS, porque el progreso anglosajón se ha detenido en Asia Central, comienza a retroceder en las repúblicas islámicas y se encuentra inmerso en una situación tan comprometida como la de Vietnam (con aquella retirada vergonzosa y su derrota política hace casi 40 años).

Sin embargo, la OCS está todavía en sus comienzos. Carece de infraestructura suficiente para los intercambios proyectados. Su solidez será puesta a prueba. A pesar de eso, puede afirmarse que para Estados Unidos ha nacido un poderoso rival que no incurre en una carrera armamentista modelo ‘*guerra fría*’, sino en un desarrollo que pretende ser autónomo en Eurasia.

Gracias al crecimiento en los productos brutos de China y de India, los pronósticos de institutos de inteligencia norteamericanos indicaban que la mitad del siglo XXI tendría una característica ‘*asiática*’, tanto más si se piensa que esas dos potencias están acompañadas por tantos Estados.

El mundo parece entrar en un moderno paradigma: la bipolaridad de nuevo modelo: Eurasia contra América del Norte¹¹, si lo medimos continentalmente. Los subcontinentes de África y América del Sur serán escenarios menos ruidosos, donde se producirá el encuentro entre las áreas de influencia de uno y de otro continente.

La incertidumbre y el peligro vuelven a asomar en la humanidad, porque estando en juego otra vez la hegemonía mundial, no es posible dejar de considerar estallidos pasionales e intereses vitales negados, que interrumpan violentamente la marcha de la competencia.

¹¹ Estados Unidos encabeza el mundo anglosajón: Reino Unido, Israel, Australia y Nueva Zelanda.

¿UNA INSOLENCIA HISTÓRICA?
(Y una geografía donde seguir siendo)
Buenos Aires, enero de 1999.

(Este trabajo fue publicado en la Revista “GEOPOLÍTICA”, N° 68/1999)

El autor desarrolla en este trabajo el significado de la concepción, fabricación, existencia y uso, en este siglo, de instrumentos de gran poder de destrucción y matanza, como evidencias de una civilización de progreso técnico o de una barbarie, o bien de una civilización degradada por la barbarie.

Cita la opinión de varios pensadores que se preocuparon por este tema e incluye las regiones más amenazadas del planeta.

La redacción en primera persona ha sido puesta en las ideas y en las palabras de un testigo imaginario.

Mi padre era cónsul en Shangai durante aquella China de Chiang Kai Shek, tan fiel aliada de los Estados Unidos durante la guerra 1939/45.

En octubre de 1945, cuando una euforia recorría el mundo entero festejando el final de la gran guerra, para muchos pensadores y periodistas se abría un gran interrogante por el uso de armas terribles.

Se había llegado a ellas – según se pensaba en aquellos días – de improviso, con un salto tecnológico resguardado por el más hermético secreto. Pero, ¿era un avance progresivo o era una discontinuidad? ¿Podría ser comparable a la sorpresa que sufrieron los que confiaban en sus murallas, cuando los otomanos las derrumbaron con una extraña y novedosa artillería?

Quedaba la impresión de que, si bien la tecnología nuclear era novedosa por cuanto no había surgido de una experiencia y ensayo previo, en el mismo campo de combate, sino de las mentes científicas y de sus laboratorios; por otra parte, la escalada en lograr destrucciones y matanzas había ido creciendo sostenidamente. Con sólo recordar los bombardeos incendiarios japoneses sobre ciudades atestadas de chinos, o los bombardeos sobre Dresde, uno podía preguntarse si eso fue menor o igual a una bomba atómica.

Envuelto en estas ideas fui sorprendido por una invitación: un representante de los Estados Unidos ofreció a mi padre una visita a Hiroshima. Aceptó de inmediato y gestionó el permiso consular. Me sedujo el atractivo de ser visitante personal de ese lugar, acompañando a mi padre haciendo las veces de secretario, para conocer sin intermediarios lo que quedaba de aquella ciudad, dejando de lado los periódicos que la describían en sus primeras planas y cuyas fotografías estaban por entrar en los libros de historia.

Un DC3, sin comodidades, usado para transportar tropas, paracaidistas, abastecimientos, nos llevó hasta Tokio, haciendo una escala intermedia. Desde una de sus pequeñas ventanillas pude observar aquella, para mí tan extraña capital japonesa, con su hormigueo humano, con los daños causados por los bombardeos, con un fondo brumoso donde se veía el Fuji Yama.

Al descender, pisando suelo japonés por primera vez en mi vida, la presencia estadounidense en el aeropuerto era muy notable: numerosos aviones de transporte y de combate se alineaban y se mostraban por doquier; tropas y vehículos, estibas de bultos y cajones; en fin, ese lugar parecía tierra militar estadounidense.

Al salir de él rumbo al hotel, la presencia americana era muy poco perceptible, casi rodeada en todas partes por una verdadera marea humana de población japonesa que, aunque me parecía extraño, no era agresiva hacia sus ocupantes militares. Me sorprendió el acatamiento al mandato del Emperador de aceptar la derrota y apoyar al General Mac Arthur.

Cuatro días después, previo viaje en avión y luego en automotor, llegamos formando parte de una delegación de visitantes oficiales hasta pocos kilómetros del lugar del impacto. Conocíamos las instrucciones que nos dieron para cumplir rígidamente: no sacar fotografías – las recibiríamos después -, no apoderarse de vestigios y otras prohibiciones que teníamos que aceptar, para lo cual en todo momento seguíamos vigilados. Habíamos satisfecho antes un examen médico y una entrevista con psicólogos militares. Nos aseguraron que no existía riesgo de radioactividad, debido al tiempo transcurrido.

Y allá fuimos. Papá y yo éramos pasajeros del quinto jeep de una columna motorizada que avanzaba despacio entre viviendas semidestruidas, hasta que llegamos al punto cero por calles angostas, de calzadas deficientes y despejadas de escombros. No se veían cadáveres ni restos humanos.

Para recibir el fuerte impacto visual que se presentaba a mis ojos, no hacía falta descender del vehículo. Lo venía percibiendo desde el largo recorrido y sentado junto al conductor del jeep. Pero tuvimos que apearnos y reunirnos con el resto de los acompañantes. De pie, sobre la caja de un camión, un militar jerarquizado se aprestaba a hablarnos. Su jerga no parecía neoyorquina, sino propia de alguno de los estados sureños.

Como lo esperábamos, comenzó por justificar el uso de la bomba con razones estratégicas para ahorrar vidas de soldados norteamericanos y para paralizar los terribles vuelos kamikazes. Siguió con una explicación sobre el nacimiento de la bomba, el ensayo exitoso en Álamo Gordo y el proceso técnico de lanzamiento sobre Hiroshima y sobre Nagasaki.

No obstante, no era fácil atenderlo. Mi mirada, tal como la mirada de nuestros acompañantes, no cesaba de girar en derredor, atrapada por el espectáculo que se ofrecía al observador.

Los últimos párrafos de aquel expositor fueron propios de su eufórica soberbia. No pudo contenerse. Su voz tomó un tono amenazador casi. Planteó el poder superior e inimitable de la primera y única gran potencia del mundo. Trajo a mi memoria el recuerdo de Teodoro Roosevelt. Más tarde en el hotel, nuestro guía disculpó al autor de aquella arenga y lo explicó, ofreciendo las debidas excusas.

Pero lo interesante, evidentemente, no estaba en aquel acalorado y jerarquizado militar sino en el paisaje que mirábamos con asombro. Ni yo, ni los que me rodeaban, habíamos visto antes algo semejante. Nunca pude presenciar el resultado de un terremoto. Los conocía a través de las crónicas, sobre todo en China donde los daños y las muertes provocadas telúricamente se registraban entre las mayores del mundo.

¿Con qué hecho histórico podría compararse lo que estaba viendo en aquel momento? Sin duda, no podía yo hacer una comparación. Además, me resultaba muy difícil incorporar a mi conocimiento ese paisaje porque parecía un golpe visual, un asalto a la conciencia en vigilia, una irrupción de algo que entraba violentamente dentro de uno mismo como “*elefante en un bazar*”, destrozando el orden mental de la memoria y causando una conmoción no sólo emotiva sino también intelectual, incapaz en ese instante de entender lo que se veía. ¿No existía antes y aquí, una

ciudad con miles y miles de habitantes? ¿Dónde estaban en ese momento? ¿Qué quedó de sus habitantes, pulverizados sus cuerpos dentro de la bola de fuego? ¿Y qué de sus almas? Estas preguntas surgían en mi mente apresuradas, sin poder darles allí una respuesta.

Durante el regreso, desandando la ruta, esa visión me perseguía. Me puse a mirar obstinadamente lo que veía desde el vehículo, lugares menos dañados, tropas, camiones, algunos pobladores. Quise imprimir en mis retinas lo que pudiera reemplazar aquella visión anterior. Pero parecía inútil. Aquel cuadro insistía en no abandonarme, como esos fuertes resplandores que persisten en la vista largos minutos después y aún con los ojos cerrados.

Ya en el hotel, alguien comentaba y preguntaba por qué esa bomba no fue lanzada fuera de una ciudad. El impacto estratégico sobre el curso de la guerra hubiese sido semejante. Con sólo comprobar el resultado de ese estallido enorme y novedoso, era aguardable la rendición japonesa incondicional; es que ¿era necesario destruir una ciudad solamente para vengar Pearl Harbor? ¿Fue necesario destruirla para amedrentar al mundo entero, dando una demostración de lo que Estados Unidos era capaz? ¿Qué sedimento dejaría eso para el futuro en los países derrotados?

Escribo estas líneas cincuenta años después, luego de encontrar una vieja carpeta donde guardé recortes ya amarillentos de periódicos de aquellos terribles días, junto con algunas fotografías. En este momento recuerdo las palabras que según creo pronunció Einstein: “La Humanidad ya tiene el arma que necesita para suicidarse”.

En 1945 el conocimiento de las técnicas más destructivas estaba monopolizado. Ese monopolio ya no existe. Esto, puede entregar esas capacidades a muchos grupos humanos, incluso fanatizados.

La bibliografía militar y también política que fue sucesivamente apareciendo desde 1945, ha sido capaz de colmar varias bibliotecas. Los más anónimos observadores se hicieron analistas. Tantos quisieron aportar sus ideas. Otros, no desearon permanecer marginados de la ola intelectual de avanzada, estimulada por sucesivas explosiones de ensayo y se sintieron imbuidos de una cultura estratégica ya popular, escribiendo artículos y textos más extensos para salir del anonimato. Así, los que realmente escribían y hablaban con conocimiento político-estratégico, se vieron acompañados por una legión de advenedizos que se incorporaba a esa difícil cultura, sin poseer los rudimentos y las bases previas que exige el largo recorrido para alcanzar y desenvolverse dentro de un conocimiento superior.

Más allá de un pensar en las próximas guerras desde un enfoque militar, no han sido pocas las plumas ilustres que buscaron un significado a esta irrupción de la enorme capacidad para destruir, un significado dentro de la cultura, de la historia, del futuro.

Pasaron por mis manos los dos tomos que Emecé Editores de Buenos Aires imprimió en 1945 de “*Técnica y Civilización*” de Lewis Mumford, obra de la década anterior, editada dentro de la colección Grandes Ensayistas dirigida por Eduardo Mallea. Ni una sola palabra editorial presenta ni orienta al lector sobre lo que va a leer. Menos aún se proporciona una trayectoria biográfica del autor que fue seleccionado como “*gran ensayista*”. Lo menos que merecía era una solapa explicando su vida y su obra. Queda la impresión de que, cuando en diciembre de 1945 se iba a imprimir esta obra, la Editorial no tenía ni buscó alguien (o no encontró) que supiera pensar sobre este libro, cosa que también ocurrió en esa época con otras obras editadas en varios países de habla hispana. Tal vez, el impacto de aquella gran guerra pudo dejar a muchos sin aliento, con sus ideas

en suspenso o confundidas, sin atreverse a adelantar una opinión sobre libros que aparecían durante un profundo trastorno mundial.

De todas maneras, el objetivo de Mumford era sencillo. Quería escribir acicateado por la enorme influencia de la “*máquina*” sobre la civilización occidental y, cómo las actividades humanas se fueron adaptando a la mecanización. Ofrece allí al lector una lista de los inventos conocidos desde la prehistoria – el fuego, el hilo, el plano inclinado, el riego, etc. – hasta 1933 con el automóvil moderno. Es decir que este pensador cerró sus páginas años antes de la destrucción de Hiroshima y Nagasaki. No tenemos en nuestro poder las obras posteriores de Mumford, pero tal vez no pudo dejar de lado el surgimiento y uso de las técnicas armamentistas más destructoras (Además de la que hemos citado, fue autor de ‘*The city development*’ (1945), ‘*The city in History*’ (1961), ‘*Technics and human development*’ (1967), y una autobiografía en 1979).

En el “*Pequeño Larousse*” en color (Editorial Larousse, 1980, impreso en España), puede encontrarse en las páginas 217/222, la lista de los logros científicos desde la prehistoria hasta el siglo XX. Están incluidas las armas atómicas, pero sin comentario: en una escueta cronología propia de la frialdad académica de todo diccionario.

En una Alemania ya reconstruida, Karl Jaspers entregó en 1958 a sus editores una obra de significación profunda titulada “*La bomba atómica y el futuro de la humanidad*”, que la Compañía Fabril Editora entregó y comentó a los lectores argentinos en 1961.

Jaspers presentó allí el problema de la sobrevivencia de la humanidad, tema que superaba el pensamiento político, desbordado ya por un arma cuya utilidad política era muy discutida, eliminando con claridad aquel optimismo decimonónico sobre el brillante futuro del progreso. Casi al final de sus quinientas cuarenta páginas, el último capítulo tiene por título una pregunta: “*¿En qué hemos de confiar aún?*”, donde se sintetiza tanto la esperanza como la incertidumbre. Un pensamiento de Jaspers será citado por el autor que paso a comentar seguidamente.

“*Ante el fin de la historia*” es un libro que no pertenece a Fukuyama. Me permito esta aclaración por la difusión que tuvo el libro de este escritor norteamericano de ascendencia japonesa. Aquella obra pertenece al Doctor Jorge L. García Venturini. Ediciones Troquel la publicó por primera vez en Buenos Aires en 1962. En 1971 tenía cuatro ediciones más.

El motivo de García Venturini (GV) residía en el destino de la humanidad, considerando la trayectoria histórica que se venía desarrollando y sus circunstancias últimas.

Así, entraron en su consideración: los cambios y la aceleración histórica; la idea del presente; las generaciones; la relatividad; el volumen de la masa histórica; el achicamiento del mundo donde las distancias ceden ante el tiempo; la fugacidad de tantas vigencias y la complejidad resultante; la bisagra histórica de nuestro tiempo; las utopías; un probable totalitarismo mundial; y por último, el fin de estos tiempos.

Esa terminación de los tiempos surge como una alternativa posible de ocurrir, porque está preparada: la de poner fin a la Historia eliminando el futuro, en tanto la humanidad, como afirmaba Einstein, tiene ya los instrumentos necesarios para suicidarse y acabar con la vida en el planeta.

GV cita un concepto de Karl Jaspers: “*Bajo la aparente calma de los acontecimientos cotidianos, nos hallamos ante la posibilidad real del fin del mundo*”. Y ante esa posibilidad concreta, GV concluye: “*Un futuro insólito aguarda a nuestra historia, al punto que hasta es posible – y muy probable además – la insolencia suprema: que ni siquiera haya futuro*”. Y más

adelante: “.....la fisonomía que habrá de tener el mundo en el caso, sólo probable, de que continúa siéndolo”.

Se pone así en duda la continuidad histórica que podría quedar no interrumpida, sino cesada por una agresión terrible, por un accidente o por un cálculo erróneo, desde que los conocimientos más peligrosos se han difundido (y no solamente los de carácter nuclear).

La palabra de GV que usamos para titular este trabajo – “*insolencia*” – se encuadra en la filosofía de la historia, en la teleología y en la teología. En la filosofía de la historia porque todo significado que se buscó y se busca de lo acontecido y de su desenlace futuro, puede quedar trunco por un final que bajaría el telón a la vida y también a la historia, final que, si ocurriese, no dispondría de filósofos para interpretarlo. En la teleología, porque crea un interrogante: si la terminación de la vida forma parte de una de las causas últimas a las que debe obedecer la era de la presencia humana en este planeta. Y en la teología, porque el Supremo Creador enfrenta la rebeldía humana de haber concebido y preparado el final de todo lo creado por El.

Los lectores podrán afirmar que, después de todo, ha transcurrido medio siglo desde Hiroshima, mientras la Historia continúa sin aparecer un tiempo final. Eso, es rigurosamente cierto.

Cierto es también que está en marcha un proceso de desmantelamiento de proyectiles balísticos y ojivas, aunque sólo de dos grandes potencias. De este modo, el cálculo de probabilidades puede aquí tener una base aritmética de regla de tres inversa: mientras menos bombas existan, mayor será la superficie terrestre que puede quedar a salvo con sus seres vivientes.

Ha surgido así la posibilidad – palabras de GV – de un “*tiempo final*” para una era, seguido de un “*tiempo inaugural*” de otra, bruscamente distinta, era de sobrevivencia de una parte de la humanidad asentada en un archipiélago a salvo de la catástrofe que, si bien preparada, por lo menos disminuye en sus alcances.

¿Dónde se encuentra ese archipiélago salvador? No es un determinado accidente geográfico sino una metáfora. Comprende las regiones del mundo alejadas de los gobiernos y pueblos agresivos y fanatizados, marginadas de la balanza que decidiría la victoria y la derrota.

En algunos textos de geopolítica está incluida una vista del planeta desde una proyección ortográfica centrada en el polo norte. A su alrededor están las más extensas tierras continentales, donde se encuentran los países más poderosos y los arsenales y laboratorios más peligrosos. ¿Será ésa, la mitad del mundo más amenazada por una “*insolencia suprema*”? Al menos, son muchos los que así lo creen y, pasando a los hechos, han tomado posiciones lejos de allí, obviamente hacia el hemisferio sur, cuya “*cotización*” geopolítica y estratégica ha sido valorizada desde el punto de vista de una “*póliza de seguro geográfico*” contra los mayores riesgos.

Mientras esto escribía, volví a mirar aquellos viejos recortes de periódicos. En ellos, la fotografía de Hiroshima aniquilada, hablaba por sí sola, sin párrafos. En la misma página, un desconocido periodista incluía aquello de, “*el que ríe último....*”. Realmente, ¿quién puede reír ante la destrucción y la matanza? ¿No se está endiosando la crueldad? Parece que la guerra se ha orientado fuera de aquellos duelos románticos, de la pelea franca, porque ya no fortalece el patriotismo sino la barbarie.

El siglo XX, ¿es testigo de civilización o de barbarie? O bien, ¿de civilización enlodada de barbarie? ¿Cómo podrían las almas cultas, sobrias y delicadas, convivir con seres que atentan contra la vida, no por una decisión desesperada, sino como una rutina? ¿Cómo podrían convivir con los que cumplieron una “*limpieza étnica*” y todavía afirman creer en Dios? Dios ha sido convertido en algo manuable, acomodable a las conductas más extraviadas.

Este trabajo puede dejar en algunas personas un sabor amargo, un ánimo apesadumbrado, o un alimento difícil de digerir intelectualmente. Sería irresponsable quien suavice la realidad y la realidad que se conoce en todos los continentes no es agradable. Debe ser pintada y aceptada tal como ella es.

Los públicos en general están habituados a despertarse todos los días y comenzar la vida diaria sabiendo que conviven con muchas almas siniestras o fanatizadas y con artefactos muy peligrosos. Se va perdiendo la sensibilidad y la toma de conciencia de esta realidad.

Esta reflexión no es necesario hacerla llegar al pueblo japonés: allí, la “*verdad del dolor*” hizo innecesaria la “*verdad de razón*”, porque fueron agredidos con gases usados en la primera guerra mundial por grupos fanatizados. Los japoneses no necesitan una explicación de lo que han aprendido por la propia experiencia. De manera que los que no creen en una “*verdad de razón*”, pueden ser sorprendidos por una “*verdad de dolor*”. Siendo tarde para reaccionar y para improvisar.

La prudencia aconseja no mantener la mente adormecida y saber valorar juiciosamente los hechos de la realidad y lo que en ciernes, como principio, ellos significan. No se trata de pesimismo: se trata de razón, de entender lo que ocurre, de lo que puede llegar a ocurrir, sin eufemismos ni aspirinas.

Coronel (R) Hugo Gastón Sarno.

Pertenece al Arma de Infantería. Es Oficial de Estado Mayor del Ejército Argentino (1954) y Oficial de Estado Mayor del Ejército del Perú (1960).

Pidió su pase a la situación de Retiro y le fue concedido el 3 de marzo de 1972. Sus últimos destinos ‘*en actividad*’ fueron: Director de la Escuela de Instrucción Andina, Bariloche, (1968 y 1969), y Segundo Comandante y Jefe de Estado Mayor de la IXna Brigada de Infantería, Comodoro Rivadavia (1970 y 1971).

Durante sus 37 años en situación de ‘*retirado*’, se dedicó a la investigación y la docencia.

Fue profesor de Geopolítica en la Escuela Superior de Gendarmería y en La Universidad Católica de Salta (1982-1994). También profesor de Geopolítica en el Instituto Universitario de la Policía Federal, Licenciatura en Ciencias de la Seguridad, desde 1983 hasta 2005.

Actualmente: es profesor titular ad honorem en la Universidad Maimónides (Licenciatura en Estrategia Contemporánea, Magíster en Geopolítica y Magíster en Relaciones Internacionales, desde 2003) y profesor de Geopolítica en la Escuela de Defensa Nacional, desde 1980 hasta la actualidad.

La Revista “*Geopolítica*” le publicó alrededor de 40 trabajos de su especialidad (1979-2001). La Escuela de Defensa Nacional ha publicado en su página web, 25 de sus trabajos.

Es autor de dos libros: “*Lecciones de Geopolítica – Volumen 1*” (2003) y “*Lecciones de Geopolítica – Volumen 2*” (2004), que son textos de estudio en la Universidad Maimónides, para las citadas carreras universitarias.